

Usted tiene ojos de mujer fatal

ARGUMENTO NOVELADO DE LA PELÍCULA

MADRID presentaba ya a esa hora de la noche el aspecto tranquilo, casi apacible, que trae consigo la agitación de las jornadas en las grandes urbes. Casi apacible, porque no todo dormía, no todo estaba quieto y callado. Algún letrero luminoso lanzaba aún, desafiando a las sombras, sus fulgores tajantes y de cuando en cuando un grupo nocheriego abría un paréntesis de ruido, proyectando su alegría sobre el sereno impasible, el taxista somnoliento o el guardia aburrido que, curioso les contemplaba un instante, para volver luego su rostro escéptico a los párpados cerrados de las ventanas sin luz.

El club del Círculo Artístico era uno de esos centros fundados con el propósito de distinguir el aburrimiento elegante, de la vulgar pereza provocada por fenómenos naturales. Podemos afirmar, sin pecar de exagerados, que el aburrirse allí era

cumplir fielmente lo establecido en el reglamento del círculo, era entrar de lleno en la categoría de socio ejemplar. El club era elegante por muchos motivos, entre ellos, por su emplazamiento en lo mejor de Madrid, por sus salones, por su ambiente, por sus fiestas, que rompían en ocasiones extraordinarias las normas de su régimen interno. Pero ante todo y sobre todo, era elegante por la altiva indiferencia de sus socios hacia todo lo que les rodeaba de puertas afuera y, en algunos, hasta de puertas adentro.

Entre estos últimos había quien perseguía con ello un fin determinado; el aislamiento para lograr una tranquilidad que su popularidad le impedía disfrutar en otra parte y siguiendo la clasificación metódica, aún destacaba otro tipo especialmente encaillado en este grupo: el hombre imán, el creador del amor en serie, el Ford de las conquistas

donjuanestas. En una palabra, aquel que se recogía en el oasis de paz del club, para evitar el asedio femenino, harto de éxitos, de suspiros, invitaciones mudas y sonrojos falsos. Y claro está que, desmenuzada despiadadamente esta última especie extraordinaria, todavía quedaba la clasificación definitiva: Había el Don Juan que relataba sus conquistas escuchándose a sí mismo, y se ruborizaba luego ante una tierna y sencilla escona de amor de la que era casual e inoportuno espectador. Y quedaba el otro, el conquistador legítimo, instrumento involuntario de terror, de envidia o de admiración por parte de quienes le rodeaban, le conocían o simplemente tenían referencias.

Sergio Hernán era el único ejemplar de esta especie. Era, por decirlo así, la única edición brutalmente corregida y aumentada de Don Juan Tenorio. Aquella noche estaba allí. Su presencia en el Club se podía afirmar antes de verle, conocida por algún detalle característico. Así por ejemplo su coche, pero más aún que su coche, lo decía su chofer, célebre como todo lo que a su amo concernía. Y la celebridad de Indalecio Cruz, no era precisamente, con ser mucho, el estar al servicio de Sergio Hernán.

Indalecio Cruz era un famoso

«chansonniere» de tangos. Argentino de pura «cepa», se había separado de sus compañeros de gira por España, abandonando su profesión, rompiendo con sus compromisos, por la admiración que en él había despertado la fama de Sergio. Y un buen día apareció en casa de éste explicando sus propósitos. Viendo un anuncio en la prensa en que se solicitaba chofer para el señor Hernán, deseaba cubrir la plaza sin pretensiones de retribución alguna. Desde entonces, envidiado y envidiando, se había dedicado por entero a estudiar observando, los procedimientos de conquista «del patrón». Los demás compañeros de profesión se consideraban felices cuando, por coincidir sus amos en los mismos puntos de reunión, debían compartir con Indalecio las esperas interminables, que él sabía amenizar cantando alguna de sus famosas composiciones «criollas». Y así, Indalecio Cruz, famoso tanguista argentino, aparecía aquella noche sentado en el estribo del coche de Sergio Hernán, rodeado de los demás choferes que le escuchaban extasiados un tango de moda que él había popularizado:

*Soy libre como el aire.
«Desprestos» a los tiranos
y ni me manda nadie*

*ni sé lo que es un amo.
Soy pájaro que vuela
del cielo a la enramada,
soy libre cual la fiera
antes de amaestrada...*

Allí dentro, en uno de los salones del club, Sergio Hernán pretende ocultar su hastio entre las volutas de humo de su cigarrillo. ¿Qué edad tendrá ese hombre? Nadie lo sabe; nadie pudo saberlo jamás. Es joven y, sin embargo, tiene en sus ojos algo de ese cansancio que pone una nota de distinguida indiferencia sobre todo cuanto mira. Su pelo suavemente ondulado, ha adquirido quizá prematuramente un leve toque nevado en las sienes. Sus rasgos finos, perfil perfecto y estatura ideal, armonizando con el conjunto del cuerpo bien proporcionado. En aquel momento su smoking y calzado son impecables.

Sentado en un butacón de uno de los tranquilos saloncitos de lectura del club, contempla cómo suben y se disuelven en espirales caprichosas las finas columnas de humo azulado que despiende su cigarro. Es probable que lleve allí bastante tiempo, a juzgar por el montón de cartas que tiene delante, el periódico y otras puntas de cigarro que hay en el cenicero. Pero Sergio Hernán, el genial, el magnífico, el irresistible,

no era feliz. Aclaremos. No era feliz cuando estaba solo, y buscaba la soledad precisamente para saborear la felicidad de sus momentos felices. En su retiro apacible del club se encontraba a sí mismo, se examinaba, y el resultado de aquel mudo diálogo con su «yo» interior, acababa por sumirlo en un estado de sordo desasosiego. Porque al hundirse en el butacón del club, Sergio Hernán se convertía en el espectador de la comedia diaria que el otro, el displicente insensible y distinguido, representaba con un éxito indiscutible e indiscutido, precisamente porque nadie más que él actuaba de censor de su obra. Cartas... ¡Cuántas cartas! Todas decían lo mismo. Protestas de amor eterno, lamentos, humillaciones, servilismo sentimental. Ninguna tenía el don de interesarle con una protesta digna y enérgica por su conducta, con un desprecio, con una bofetada moral que le despertase de su apatía de triunfador. Ninguna era capaz de escalar su pedestal de soberbia. Todas quedaban allí, abajo, elevando suplicantes, plañideras sus manos crispadas por la pasión. ¡Ah, qué fastidio! «¿Cuándo surgirá ella! ¿Cuándo la encontraré!»

Así terminaban invariablemente sus coloquios íntimos, y ése fue también el fin de sus meditaciones

aquella noche. De fuera llegaban, apagadas, lánguidas, «dulsonas», las notas del tango, y Sergio Hernán, lentamente, recuperada otra vez su envoltura de elegante desaprensión, fué empujando el montón de cartas que cayeron revueltas al cesto de papeles inservibles... Bostezó bajo la palma de su mano y se levantó dejando el cigarro en el cenicero.

—Señor Hernán, tres señoritas le esperan a usted en el saloncito azul —informó en ese momento uno de los botones del club, cuadrándose a respetuosa distancia.

—No estoy visible para ninguna señorita —murmuró Sergio sin mirarle y con gesto de fastidio.

Dió media vuelta y se alejó del saloncito, seguido del botones, que se apoderó con rápido ademán del resto de cigarro abandonado por Sergio. Aún no había andado diez pasos, cuando otro botones apareció diciendo:

—Señor Hernán, cuatro señoras le esperan a usted en el saloncito rosa.

Volvió el gesto de fastidio a la cara de Sergio, y echó a andar nuevamente murmurando:

—No estoy visible para ninguna señora.

Los dos botones, detrás de él, fumaban en común el cigarro disimuladamente, hasta que el segundo

huyó con él, asegurando la impunidad de su hurto cerca de la persona de Sergio, que caminaba lentamente, sin fijarse en nada.

—Señor Hernán — exclamó un tercer botones, que apareció de improviso por una puerta lateral del pasillo—, le llama al teléfono Chicho Rodríguez, el famoso imitador de estrellas de Variedades.

—No estoy visible para ningún imitador de estrellas de Variedades —respondió Sergio, reanudando su marcha.

Quedaron detrás los botones, y el tercero, mayor que los otros y probablemente superior jerárquico de ellos, quitó de la boca a uno de los otros el cigarro y lo tiró al suelo con enfado, pisoteándolo.

En el salón en que Sergio entró se jugaba animadamente, aunque en silencio. Cinco caballeros jugaban al poker, mientras un ordenanza sentado en una mesita de la entrada, se entretenía en hacer figuras geométricas con un montón de cartas. Cuando Sergio apareció, levantóse el ordenanza y le entregó las cartas, diciéndole:

—Estas cartas han llegado a última hora para usted, señor Hernán.

Y él, dudando un instante entre tirarlas o conservarlas, optó por lo último y avanzó hasta la mesa de

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

poker. Las manos a la espalda, contempló un momento aburridamente el curso del juego.

—¿Qué, usted no juega, Hernán? —preguntó uno de ellos levantando la cabeza.

—Me aburre el póker.

El más joven de los jugadores, un muchacho con cara de artista, le contempló admirado. Los otros, con aire escandalizado, le miraron con extrañeza, y uno de ellos exclamó:

—¡Qué blasfemia!

—¡Pero, hombre, Hernán! —siguió otro, haciéndose eco de la extrañeza general.

—¿Pero usted cree que en el mundo puede hacerse algo mejor que repartir cartas? —coreó un tercero alegremente.

—Tiene usted razón. Lo mejor que se puede hacer en el mundo es repartir cartas... así es que repártanse ustedes éstas.

Y Sergio tiró con indiferencia sobre la mesa el montón de cartas que conservaba en sus manos, y apartándose de la mesa, se alejó lentamente, saliendo del salón. Todos se quedaron contemplándole asombrados.

—Cartas de mujer... —exclamó uno sonriendo.

—Sí, lo de siempre, cartas de mujeres.

—Vamos, señores; quítenlas de

ahí y siga usted dando, coronel...

—terció otro, molesto y quizá impaciente por recuperar lo perdido hasta entonces.

Luisito Campsa, el joven con aire de artista, se había quedado pensativo, con la vista fija en las cartas abandonadas por Sergio. Era rico y distraía sus ocios con la pintura por la que sentía apasionada afición, aunque ciertamente hasta entonces nadie conocía más que eso: su afición. Ella y las mujeres le robaban todo su tiempo, que consistía en las horas que no dormía o zanganaba en el club u otros lugares de esparcimiento. Pero la mala suerte de Luisito Campsa con las mujeres era proverbial. Ninguna encontraba en él aquel atractivo, aquella seducción que, si no se poseo físicamente, puede en cambio compensarse con frecuencia moral o mentalmente. Y en honor a la verdad, la mentalidad de Luisito Campsa no iba más allá de algunas burradas inéditas y de unos celos absurdos e inoportunos. Se sabía inferior y, por lo tanto, reconocía superioridad en todos sus amigos y conocidos. No era de extrañar, pues, que ante la fama realmente lograda de Sergio Hernán, se sintiera empequeñecido, reducido, anulado, y su espíritu pobre y desquiciado, no le dictase más que una solución grotesca ante lo inevitable:

la desesperación incontenible, sin bambalinas, ante sus ya acostumbrados espectadores.

Se reanudó la partida interrumpida por la aparición de Sergio, pero Luisito continuó pensativo sin fijarse en los naipes. De pronto, cogiendo el montón de sobres, se levantó rechazando la silla con rabia y estrujando entre sus manos crispadas aquellas cartas delicadamente perfumadas, exclamó furioso:

—¡Cartas de mujeres, sí! ¡Recibe las cartas de mujeres a docenas, a centenares, a miles! ¡Porque todas le quieren! ¡Porque todas están locas por él! ¡Y le dirán que le adoran, que se mueren por sus pedazos, como siempre también!

Y apartándose de la mesa, continuó desesperado, sentándose en un sillón:

—¡Le buscan! ¡Le asedian! ¡Se le meten por los ojos!—estrujó las cartas accionando con rabia— ¡Y entretanto a uno no le hace caso ni una sola! ¡Maldita sea mi suerte!

Y entre sollozos convulsivos volvió a repetir:

—¡Maldita sea mi suerte!

Allí quedó, con la cabeza entre sus puños crispados, por entre los que asomaban arrugadas las cartas de amor de las que una sola línea le hubiera hecho quizá el más feliz de los mortales. Los cuatro ju-

gadores se miraron y uno de ellos exclamó con gesto de pena, moviendo la cabeza, mientras abría y estudiaba sus naipes:

—Bueno, ¡qué se va a hacer!

—¡Claro! ¡Qué se va a hacer!

—Coronel—dijo otro, procurando que se olvidase el incidente— Quite usted los cuatros.

Sergio Hernán se marchaba. Antes de llegar a la puerta había siempre una persona que aguardaba este momento con verdadera ilusión. Era la encargada del guardarropa, una joven muy guapa, para la cual Sergio era, por no romper la norma, su «héroe público número uno». Muchas veces, cuando nadie la observaba, acariciaba su abrigo, aspiraba el perfume de su sombrero, y, por fin, quedaba extasiada ante esas prendas, imaginándolas llenas de la sonrisa de Sergio, de los cabellos de Sergio, de la voz de Sergio. Esto llegó al pie del mostrador y habló con desgana, lacónicamente:

—Lo mío, Felisa.

Pero Felisa no le escuchaba y se mantuvo inmóvil, mirándole fijamente a la cara, su barbilla apoyada en las palmas de las manos, muda, sorda, hipnotizada.

—¡Lo mío, Felisa!—volvió a repetir Sergio, impaciente, logrando al fin que la joven volviese en sí, azorada. Desapareció un instante y

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

volvió con el abrigo y sombrero que ayudó a ponérselo, saliendo fuera del mostrador. Antes los sacudió amorosamente, les quitó unas motitas y luego, como si de repente recordara algo, le dijo:

—¡Ah! Esas flores las han traído unas señoras para usted, señor Hernán.

Y señaló unas cestas repletas de flores, agrupadas junto al mostrador. Pero Sergio no pareció impresionarse por aquello que hubiera hecho la felicidad de cualquier artista al salir del escenario. Las miró un instante y dijo con displicencia mientras abrochaba el abrigo:

—Bueno, guárdelas para el entierro del primer socio del Círculo que se muera.

Y sin volver siquiera la cabeza alargó la mano para coger el sombrero que después de cepillarlo con todo cuidado, estaba besando Felisa a hurtadillas.

—Y no me bese usted más el sombrero, que me lo pone perdido de rouge—agregó.

—Sí, señor. Sí, señor—contestó Felisa, asombrada de la intuición del admirado Sergio, dándole el sombrero. Y quedó mirándole embelesada, mientras el botones se adelantaba a abrir la puerta dándole paso.

—¡Qué hombre!—exclamó Felisa para sí. Y, distraída, contemplan-

do aún la silueta de Sergio que se alejaba hacia la calle, empezó a comerse una de aquellas flores destinadas para él y... despreciadas también por él.

En la calle aún se escuchaba el acento quejumbroso de Indalecio Cruz cantando su tango:

*Soy libre como el aire.
«Desprecios» a los tiranos
y ni me manda nadie
ni sé lo que es un amo...*

—¡Coche del señor Hernán!—gritó en ese momento desde la puerta del Círculo uno de los botones, e Indalecio, cambiando de repente su actitud nostálgica, salió disparado subiendo al coche que se acercó a la puerta, no sin exclamar antes, como quien despierta de un sueño:

—¡Pucha! ¡El patrón!

Y en el círculo que formaban sus demás compañeros se oyó un coro de risas estrepitosas.

Cuando Sergio apareció en la puerta del Círculo, se oyó un toque de silbato. Era un hombre que, agazapado tras unos arbustos de los jardinillos de enfrente, hacía evidentemente alguna señal convenida. Y, en efecto, un instante después alguien al otro extremo de la calle encendió una cerilla cuya luz hizo oscilar hacia uno y otro lado. ¿Se

trataba de un atraco con todo lujo de detalles sensacionalistas? La escena que en esos momentos se estaba desarrollando bajo el amparo de las sombras y el misterio más absolutos, así lo hacían suponer. Y, sin embargo... No era eso precisamente, pero algo parecido iba a suceder de un momento a otro. Apartado del campo luminoso de los faroles de la calle, había un automóvil detenido al borde de la misma acera del club, aunque bastante distanciado. Cuando el chofer de dicho vehículo observó la señal luminosa en el extremo opuesto de la calle, murmuró en voz baja, volviendo la cabeza hacia el interior del coche:

—¡La señal, señora!

—Pues anda aprisa. ¡Y procura no fallar la maniobra!—respondió una voz de mujer, apareciendo su rostro velado por la semioscuridad del paraje. Pronto se puso el coche en movimiento y avanzó despacio dando tiempo a que el coche de Sergio Hernán arrancase. Luego aceleró y, justamente al llegar a la primera esquina, el auto misterioso, colocado exactamente detrás del de Sergio, realizó la maniobra. Su parachoques delantero pegó un golpe seco y violento contra el parachoques trasero del coche de Ser-

gio y ambos frenaron instantáneamente.

—¡Atorrante! ¡Desgraciado!—gritó Indalecio, asomando la cabeza con gesto furioso.

—¡Ay!—se quejó la voz de mujer del otro coche, y miró hacia afuera antes de desmayarse.

Sergio e Indalecio se habían apeado entretanto, y mientras el segundo examinaba el coche para comprobar las averías sufridas, increpaba el otro con dureza al chofer que había provocado el choque.

—¿No tiene ojos usted en la cara, imbécil?—decía Sergio evidentemente molesto y contrariado. Pero el chofer, lejos de ofenderse justificando su conducta, sonreía con cierto disimulo. En ese momento apareció nuevamente en la portezuela la cabeza de un mujer joven y guapa, y por segunda vez volvió a caer hacia atrás exclamando con fuerza:

—¡Aaay!

—¿Ha sido mucho?—preguntó Sergio a Indalecio una vez terminada la inspección. Y la señora volvió a asomarse comprobando que no iba por ella la pregunta.

—¡Avisa, idiota!—le dice a su chofer en voz baja, y éste comienza a gritar, exclamando:

—¡Mi señora! ¡Socorro! ¡Mi señora!

Asombrados, sin saber qué determinación tomar, Sergio e Indalecio volvieron la cabeza rápidamente. ¡Qué extraño era todo esto! Eso era lo que más o menos parecían expresar los rostros de ambos hombres cuando oyeron gritar de aquel modo al otro chofer. Sergio se aproximó con ánimo de indagar, pero no tuvo tiempo de hablar. A dos pasos de él, en el interior de aquel dichoso automóvil, había alguien que necesitaba auxilio.

—¡Aaaaay! — había exclamado por cuarta vez una voz de mujer, y como una visión fugaz Sergio vio una cabeza hermosa de mujer que desapareció rápidamente de la portezuela, cayendo hacia atrás pesadamente.

—¡Señora...! ¡Señora! — exclamó Sergio corriendo hacia el coche. Y abriendo la portezuela, se asomó.

Instantes después sacaba en brazos a una mujer desmayada, bastante bien desmayada. Indalecio contemplaba asombrado la escena, mientras Sergio aplicaba suaves golpecitos en las mejillas de ella. Al fin abrió suavemente los ojos, fingiendo extrañeza.

—¿Está usted herida? ¿Quiere usted que la lleve a una clínica o a su casa, o a...? — comenzó a preguntar, ansioso y alarmado.

—Sí, lléveme... — murmuró como en un soplo ella.

—¿Adónde? — inquirió asombrado Sergio, viendo que ella sonreía.

—Lléveme a un cabaret.

Y la hermosa mujer, ya segura de su triunfo, «se dejó» conducir, suavemente cogida del tallo, al coche de Sergio, que se alejó desapareciendo a poco como estumado en las sombras nocturnas.

ELENA... CON «H»

VOLVIO Indalecio a medias la cabeza preguntando la dirección que había de tomar, y Sergio indicó el nombre de un conocido cabaret. Pronto estuvieron allí, y su entrada en la elegante sala fué desde aquel instante para muchos motivo de preocupación o disgusto. Quince parejas quizá bailaban en la pista, y quince cabezas de mujer se orientaron ya definitivamente hacia la mesa donde Elena y Sergio departían, sus rostros muy juntos, sus miradas fundidas en una sola, sus manos «soldadas»...

—Es Hernán...

—Sergio Hernán...

—¿Has visto a Sergio Hernán? ..

—Hernán...

—Ese de aquel palco es Sergio Hernán...

Y todos los comentarios giraban en torno al mismo. Los comentarios femeninos, naturalmente. Los hombres, en cambio, parecían haberse puesto de acuerdo para amargarse mutuamente señalando al fenómeno. Ya no había mujer atenta a sus palabras, y los idilios enhebrados momentos antes de la llegada de Sergio, languidecían ahora sin remedio. Este dedicaba de cuando en cuando alguna sonrisa forzada hacia el salón, repartiendo de paso leves saludos con la mano. Elena le observaba sin perder detalle, celosa hasta del «chef de salle» que, obsesivo en extremo, se acercó inmediatamente para ponerse a la disposición de Hernán. Cuando volvió a tocar la orquesta y la pista fué adquiriendo animación, muchas mujeres saludaron a Sergio, y los rostros

de sus parejas adquirieron entonces el límite máximo del furor contenido. Se acercó un camarero a servirles y, ya solos, Elena comentó:

—Se ve que su nombre, señor Hernán, está en boca de todas las mujeres...

—Sí. Lo mismo les ocurre a los cepillos de dientes—respondió Sergio, displicente.

—¿Y a qué obedece el fenómeno? ¿Es usted peluquero de señoras?

—Peor—contestó él con aire melancólico—. Soy un don Juan. ¿No había usted oído nunca hablar de mí?—preguntó luego sintiendo, pero no demostrando curiosidad.

—Nunca—mintió Elena, fingiendo ignorancia absoluta sobre lo que a él se refería—. Salgo poco de casa.

La orquesta invitaba a bailar y Elena lo insinuó, cambiando de conversación:

—¿Bailamos? Usted debe bailar divinamente.

—Sí. Todo lo que se hace con los pies lo domino.

Se enlazaron mirándose fijamente y, en silencio, bailaron una, dos, tres veces. Cuando salieron del cabaret, siempre mirándose absortos, el rostro del portero se abrió — la fuerza de la costumbre — en una sonrisa amplia, filosófica, comprensiva, elocuente. Salió detrás de ellos y llamó un taxi, y cuando la pareja

estuvo acomodada en su interior, el chofer recibió instrucciones del portero:

—Despacio, y por el campo—dijo acercándose y guiñando un ojo al conductor. Poco después, comentaba con una vendedora de tabaco, señalando el taxi que se alejaba—: El señor Hernán. También hoy habrá que mandarle el sombrero y el abrigo a su casa. Es la décima vez que se lleva a una señorita bailando hasta la puerta...

En el interior del taxi, Sergio y Elena seguían dedicándose miradas cargadas de fuego. Unidos, muy unidos, Sergio habla románticamente, insinuante:

—Me gustaría una mujer con la que poder hablar de cosas del alma... y al lado de la cual no sentirme solo. Porque a pesar de todo, me siento solo, muy solo.

—Sergio... — murmuraba lánguidamente Elena, apoyada la cabeza en su hombro y cogida a su brazo, apasionadamente— Sergio... —repetía, como en éxtasis.

...

—Sergio... — seguía repitiendo Elena, acostada en una cama y cogida a la manga de un pijama... vació que a su lado ocupaba el espacio libre que quedaba en la cama.

Por un ventanal abierto entraba el sol a raudales, filtrándose por en-

tre los pliegues de un estor de seda clara. La alcoba estaba amueblada con un gusto de elegante y sencilla distinción. Elena, su cabello suelto, soñaba feliz, sonriente, en voluptuoso abandono.

—Ya verás—decía—. Te querré siempre... ¡Siempre! Seré esa mujer que tu sueñas, del mismo modo que tú eres el hombre que sueño yo... Todos soñamos. Yo a veces hasta sueño en voz alta...

Fuera de la alcoba, por el pasillo cercano, avanzaba Oshidori, el criado de Sergio, con una bandeja de desayuno en las manos. Llegó ante la puerta, abrió sin llamar y entró decidido. Al llegar a los pies del lecho se detuvo escuchando. La voz de Elena se escuchaba aún, velada apenas por la inconsciencia del sueño:

—La verdad es que te he querido siempre, desde mucho antes de conocerte...

Oshidori sonreía, con esa sonrisa de suficiencia del hombre habituado a esas escenas. Por fin, dejó la bandeja en una mesita cercana al lecho y quedó contemplando a Elena con rostro dulce y moviendo la cabeza como apiadándose en un gesto de superior conmiseración.

—... por eso fui a buscarte...—murmuraba Elena—y cuando te vi

comprendí que ya no podría querer a otro hombre nunca...

—¡Pobrecillas!—decía compasivo Oshidori—. ¡Qué poca imaginación tienen! Todas dicen lo mismo... Claro está que eso tiene la ventaja de que uno puede hacer siempre lo mismo también...

Luego, recuperando su carácter, dió tres golpecitos en la mesa, como si llamara, y murmuró sonriendo:

—Ahora dirá adelante...

—¡Adelante!—exclamó Elena removiendo en el lecho.

—No falta—se dijo a sí mismo Oshidori sonriendo siempre.

—¿Pero usted quién es?—preguntaba Elena un minuto después. Y se sentó en la cama con el entrecejo fruncido.

—Oshidori, el criado del señor—respondió éste, haciendo un saludo respetuoso y colocando sobre las rodillas de Elena la bandeja del desayuno.

—¿Y esto?...—preguntó Elena, asombrada, señalando la bandeja.

—Señora, esto es una bandeja con un desayuno. ¿No se nota?

—¿Con un desayuno nada más? Pues, ¿dónde está Sergio?—volvió a preguntar Elena, cada vez más intrigada.

—El señor, señora, ha salido hace dos horas con rumbo a Australia.

Y el magnífico, el ejemplar criado se quedó observando el efecto de su respuesta, con el gesto del que sabe de antemano todo lo que ha de sobrevenir.

—Eso es mentira! — exclamó Elena, indignada.

Y se levantó bruscamente, apenas sin dar tiempo a Oshidori para coger la bandeja casi en el aire.

Elena, sentada en la cama, con los pies sobre la alfombra, miraba furiosa a todas partes. Su instinto de mujer no la engañaba, pero no sabía aún qué partido adoptar. Por fin, fijó su mirada inquisidora en Oshidori que, bajando la cabeza, murmuró:

—Sí, señora. La verdad es que el señor está durmiendo en otra alcoba.

—¿Y por qué dijo usted que se había ido a Australia? — preguntó retadora Elena, fijando en el criado sus bellos ojos negros.

—Señora — respondió éste, con grave y respetuoso acento —, cuando un hombre duerme, teniendo en la habitación de al lado una mujer como la señora, lo mejor que puede decirse de él es que se ha ido a Australia.

—Es verdad... — afirmó Elena, mirando a Oshidori con curiosidad. —Y lo ha dicho usted con una frase muy acertada...

—La frase no es mía. Es del señor — explicó humildemente éste —.

—Eso hará Sergio: ¡frases! — exclamó ella despectiva.

—La humanidad, señora, no ha hecho otra cosa hasta el presente. El mundo se creó con la frase «hágase la luz», se pobló con la de «creced y multiplicaos» y se civilizó con la de «vacaciones sin kodali, son vacaciones perdidas» — comentó Oshidori definiendo, viendo satisfecho cómo Elena sonreía al fin.

—¿Ve usted? Eso me ha hecho gracia...

—Pues también es del señor.

—Lo siento mucho.

Y Elena rectificó, poniéndose seria de repente. Se puso en pie, por fin, con aire despechado, y dirigiéndose hacia un diván se sentó. Oshidori le sirve el desayuno en una mesita próxima.

—En cambio, me satisface observar que tiene usted, Oshidori, un aire respetable, y le voy a comunicar un secreto. El secreto es éste: Oshidori, su amo es un canalla.

Y Elena se quedó observando el efecto de sus palabras, altiva, segura de sí misma.

—¿Solo? — preguntó Oshidori sin levantar la cabeza, sirviendo el café.

—¡Un canalla y un miserable! — afirmó Elena desabridamente.

—Digo si solo o con leche el café.

—Mitad y mitad.

Echóse hacia atrás en el diván y prosiguió:

—No soy ninguna niña, Oshidori. Ya tengo algunos años...

—¿Cuántos?

—¿Oshidori? — exclamó Elena, ofendida, incorporándose.

—Terrones, señora—aclaró éste, imposible, sirviendo el azúcar.

—Tres.

Siguió una pausa, y Oshidori acercó mientras la mesita al diván, quedándose en pie cerca de Elena.

—Y, sin embargo—continuó ésta—me he enamorado de él como una chiquilla. Ayer decidí ir a buscarlo. Le cacé a la puerta del Circulo. Fuimos a un cabaret. Me habló de cosas del alma. Me dijo que estaba muy solo...

—Eso suele decir cuando está junto a una mujer — interrumpió muy serio Oshidori.

—Y mirándome fijamente añadió...

—...añadió: «Usted tiene ojos de mujer fatal»—frío, despiadado, había repetido de carrerilla sin poder evitarlo, aquella frase de su señor, llave, talismán terrible, con la que aquél destruía los últimos baluartes del pudor de sus pobres víctimas.

Y ante el gesto de asombro de Elena, Oshidori explicó:

—«Usted tiene ojos de mujer fatal» es una frase del señor con la que rinde infaliblemente a las señoras.

—Me sacó del cabaret, no sé cómo ni cuándo—murmuró como hablando consigo misma, pensativa, entristecida—. En un éxtasis.

—En un taxi.

—¿Eh?

—Que la sacaría del cabaret en un taxi, como a todas.

—Luego me trajo aquí... como a todas también, por lo visto. Y le encargó a usted que me despertara y me despidiera, ¿no?

—Sí, señora.

Elena había alzado su rostro y miraba a Oshidori invadida de una gran tristeza. Dejó escapar un suspiro y se levantó hacia el ventanal. Llegó lentamente junto a él y se quedó contemplando el vacío, inmóvil.

—¿Qué hace usted? — exclamó volviéndose de pronto, sorprendida, al ver a Oshidori que de pie en medio de la habitación pulverizaba el ambiente de la estancia.

—En estos casos siempre pulverizo éter por si a las señoras les dan ataques de nervios antes de irse...

—Ya me habria marchado, Os-

hitori, si estuviera convencida de que sólo he sido para Sergio «una más»... — dijo ella melancólicamente.

—Eso es fácil de saber, señora, porque el señor apunta todas sus conquistas. Don Juan las apuntaba también, señora — indicó Oshidori sonriendo.

—¿Que las apunta? ¿Dónde?

—En estos cuatro libros y... por orden alfabético de nombres—explicaba Oshidori, al tiempo que del estante de una pequeña librería cogió cuatro libros de regular tamaño—. Porque los héroes, los enamorados y los planetas no tienen apellido. Es una frase del señor—y con los libros en la mano, siguió explicando con fría minuciosidad:—Si la señora ha sido «una más» para el señor, la señora estará apuntada aquí con las restantes...

—¿Y si aún no le hubiera dado tiempo de apuntarme?—preguntó Elena acercándose a Oshidori con un gesto de ansiedad en su bello rostro.

—¡Por Dios! Con el ruido del último cañonazo se escriben ya las batallas en la historia... Es una frase de...

—Del señor, ya supongo.

—No, señora. Esta es de Napoleón Bonaparte.

Y el asombroso y mucho más que

perfectísimo criado sonrió indulgente, dando a Elena la ocasión de que viera por sí misma el estado de su cuenta en aquella especie de contabilidad del amor. Cogió el libro de manos de Oshidori y comenzó a hojear nerviosamente repasando los nombres inscriptos.

—Tomo primero: Adela... Berta... Cándida... Cándida... Cándida...—levantó la cabeza sorprendida y observó—. Hay muchas Cándidas...

—Todas, señora—respondió Oshidori, bajando la vista.

—Dionisia... Elisa... Elvira... Fernanda...

Elena levantó la cabeza resplandeciente de alegría.

—¡No estoy! ¡No estoy! Eso quiere decir... ¡Despierte usted a Sergio, Oshidori! Y sino, lo despertaré yo misma...

Y Elena se dispuso a poner en práctica sus propósitos.

—Perdón. Siento darle este disgusto a la señora, pero acabo de ver que la señora está incluida en el tomo segundo—indicó Oshidori señalando dicho libro ante el asombro de Elena.

—¿Eh? Me llamo Elena. Tenía que estar en el tomo primero, letra E. ¡Y no estoy!

—Sí, señora, pero es el que el señor escribe Helena con H. Es lo

clásico — y se inclinó respetuoso ante la víctima.

Elena cogió el libro abierto y se dirigió hacia el diván, sentándose a leer su sentencia. Leía despacio, con el gesto dolorido como si cada palabra escrita fuese un puñal que le hiriese cruelmente.

—«Número 1401. Helena. Conocida en un choque la noche del 12 de octubre, fiesta de la Raza... Bonita... Rubia... Joven...» ¡Exacto! ¡Todo exacto! «Romántica, tirando a cursi»... ¡¡Ay!!—Oshidori al oír el grito volvió rápidamente la cabeza. Se hizo cargo de la situación y sacando un pañuelo, vertió en él el contenido del pulverizador, preparado para cualquier eventualidad.

—«Empelagosa... Irresistible...»

Y Elena, con gesto atorrado, cierra el libro, murmurando las últimas palabras que acababa de leer:

—¡Irresistible!... Me ha encontrado irresistible...

Con un gesto de conmiseración sincera, se acercó Oshidori y le puso el pañuelo a un palmo de la cara. Los efectos no se harían esperar. Pero, aquella vez no ocurrió lo previsto por la rutina de tantas escenas así desarrolladas sin excepción. Elena, escrito con H, entraba dentro de lo clásico, y todo lo clásico es excepcional. Así, pues, Ele-

na rompió las normas de aquellos desenlaces metódicos, infalibles, a Oshidori, dándose cuenta de lo que éste hacía, y le dijo arrastrando, recalcando sus palabras:

—Abórrese el éter. Los ataques de nervios significan pasión, corazón, sentimientos. Y todo eso, Oshidori, acaba de quedar muerto dentro de mí. ¿No lo cree?

—Sí, señora — respondió Oshidori emocionado.

—En lo sucesivo creo que no tendré corazón ni tendré sentimientos, Oshidori...

—Señora...

—Y ahora adiós. Voy a vestirme y a marcharme para siempre de esta casa, de donde el único buen recuerdo que llevo es la amistad de usted—exclamó Elena, poniéndose en pie.

—Señora... ¡No sabe cómo agradezco a la señora...!

—Adiós, Oshidori...

Y Elena desapareció de la estancia. Allí, de pie cerca del diván, quedaba Oshidori visiblemente afectado.

—¡Pobre mujer! Siendo la única que no ha necesitado el éter, es la única que me ha dado lástima...

Llevóse el pañuelo a los ojos para contener una lágrima rebekle e indiscreta que pugnaba por salir.

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

Luego se sonó suave, correctamente la nariz y... cayó hacia atrás en el diván, profundamente dormido por el éter.

¿Cuánto tiempo duró su sueño? Un reloj señaló las once, las doce, la una y su tic-tac parecía el monótono cantar que prolongaba el sueño del criado. Al fin un chorro de agua fría en la cara le despertó. Una joven, también guapa, volcaba el contenido de una botella sobre la cara, el reloj, el diván, todo. Hacía rato, por lo visto, que estaba así, porque al mismo tiempo que el agua, volcaba también sobre el pobre Oshidori su indignación, que subía de punto a medida que debía renovar sus duchas sobre el dormido criado. Por fin, cogiéndole por las solapas, lo sacudió violentamente para acabar de espabilarle. Oshidori, gruñendo y murmurando palabras ininteligibles, fué volviendo poco a poco a la realidad.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?— exclamó taladrando a Oshidori con su mirada.

—¿Eh?

—¿Dónde está Sergio? ¡Pronto! ¿Dónde?

Sergio reaccionó de pronto, limpiándose la cara mojada con una servilleta del desayuno, y reconociendo en aquella mujer otra nueva

seducida de su señor, se inclinó respondiendo:

—¡Ah! ¡Señora!... El señor, señora, ha salido con rumbo a Australia.

—¿Con rumbo a Australia?— exclamó ella, retorciéndose las manos desesperada—. ¡Esto más! ¡Esto más, Dios mío!—y comenzó a pasearse por la habitación, lamentándose furiosa—. ¡Esto más, Dios del Sinaí! ¿Que se ha ido a Australia! ¡Mofa sobre mofa! ¡Befa sobre befa!

—Señora ... intentaba tranquilizarla Oshidori, sin conseguirlo, siguiéndola por la habitación.

—¡Mofa sobre befa! ¡Befa sobre mofa! ¡Estoy que mufo!

—¿Mufo? — preguntó Oshidori extrañado.

—¡Bueno, mafo! ¿Mafo o fabo?

—¡Febu!

—¡Fobu!

—¡Bufu! ¡Eso es: bufu! ¡Lo que nos ha costado!—y Oshidori se pasó el pañuelo por su frente sudorosa.

—¡Enamorarme!—clamaba ella, sentándose al fin en un sillón—. ¡Decirme hasta que tenía ojos de mujer fatal: para abandonarme luego y salir hoy con el cuento de que se ha ido a Australia! ¡Cómo sufro! Sufro tanto que ya no puedo ser más feliz...

—Enhorabuena, señora.

—Porque está claro que yo sólo he sido para Sergio una diversión. Menos aun: una cosa insignificante, una especie de...

—Una especie de piruli—intervino Oshidori gravemente.

—¡Exacto! ¡Un piruli! ¡Algo que se coge, se paladea y se tira al llegar al palillo!

—Créame la señora; lo mejor que puede hacer es marcharse, despreciando al señor.

—¿Despreciarle? —exclamó ella levantándose enérgicamente—. ¡Nunca! ¿Despreciarle sabiendo que no le importo? ¡Jamás! Pero usted no sabe que yo traduzco sufrimiento por regocijo?

—¡Ah! No estaba enterado...

—Le extrañará, claro.

—He conocido gentes que todavía traducían peor.

—¡Despreciarle, no! ¡Si mi vida es eso; sufrir, apretarme el corazón, mascar pañuelos!... Y marcharme tampoco! ¡Lloraré!

—Bueno—concedió amable Oshidori, comprendiendo que no había otro remedio.

—¿A usted no le gusta llorar?—preguntó ella curiosa.

—Mucho. Se caen las pestañas, pero me gusta mucho. Llora todas las tardes, de 5 a 6—respondió Oshidori sin afectación.

—¡Qué suerte! Yo no puedo. A las cinco y media tengo la manicura...

Pepita, una doncella uniformada, otoñal, pero guapa, apareció de improviso en la alcoba, y Oshidori se dirigió hacia ella saludándola.

—Marquesa...

—Hola, Oshidori—un sollozo discrepante, se oyó procedente de la garganta de la otra.

—¿Qué es esto, Marquesa? ¿De dónde sale esta histórica?—preguntó Oshidori intrigado a la doncella.

—No sé el número que tiene en el registro. Sólo sé que se llama Francisca y que se nos ha escapado de una de las salas de espera.

—¿Es aspirante al señor o reincidente?

—Reincidente. Rompió con ella hace seis días.

—Pues llévesela, Marquesa. Es la hora de despertar al señor y él no quiere bullas. ¿Hay muchas esperando, hoy?

—Once—informó Pepita, dirigiéndose hacia Francisca—. Los lunes, ya se sabe, son días flojos.

—Lo que voy a hacer es quedarme—exclamó de pronto Francisca poniéndose en pie y hablando consigo misma. Y agregó, mirando a Pepita—: ¿Es usted la Marquesa del Robledal? Ya sé, Marquesa, que toda la servidumbre de Sergio está

compuesta por antiguas enamoradas suyas, que han preferido servirlo, a dejar de verle para siempre...

—Todas, señora. Todas somos antiguas amadas suyas: las doncellas, las mecanógrafas, la secretaria; hasta la cocinera, que es Nita Numi, la famosa cantante austriaca. Y el chofer...

—¿El chofer también?... — preguntó asombrada interrumpiendo a Francisca.

—¡Por Dios! Digo que el chofer que sirve a Sergio para averiguar el secreto de su éxito con las mujeres, es también persona importante: nada menos que Indalecio Cruz, el autor de tangos de fama mundial.

—Pues yo me quedaré con ustedes. ¡Y sufriré con ustedes!... ¡Y seré feliz!

—Sí, señora. Todas somos felices viéndole y suspirando por él... inútilmente ya!—dijo la noble doncella con los ojos anegados en llanto.

—¡Llore usted, Marquesa! Llorar es hermosísimo. Se caen las pestañas, pero es hermosísimo...—y ambas mujeres se dirigieron hacia la puerta.

—Pase, señora—indicó entre sollozos aun Pepita.

—¡De ninguna manera! Usted primero, Marquesa.

—Bueno, pero Marquesa, no. ¡Compañeras, amiga mía, compañeras!

Oshidori las vio desaparecer por el pasillo y moviendo la cabeza exclamó para sí:

—Las veo sindicándose.

Momentos después, entraba Pepita en una habitación elegantemente amueblada. En la puerta un rótulo rezaba: «Sala de espera». Había allí once mujeres vestidas con elegancia, y sentadas todas en diferentes posturas. Se dirigían de vez en cuando miradas cargadas de odio, al reconocerse mutuamente rivales. Pepita se dirigió al grupo, diciendo:

—El señor va a levantarse. Ruego a las señoras que no hagan ruido si no quieren que él se moleste y se niegue a recibir las.

Pero ellas, lejos de acatar con sumisión estas palabras, las acogieron con gestos de altivez y desprecio mirando hacia otro lado.

—Las visitantes nos odian a todas las de la servidumbre, porque suponen que el señor nos quiere aún a nosotras...—decía luego Pepita comentando con Francisca, la advertencia hecha en la sala de espera.

—¡Como si él fuera capaz de querer a alguien!—exclamó lamentándose aun Francisca.

—¡Figúrese usted—y desaparecieron tristes, melancólicas, hacia las dependencias interiores de la casa.

Allí, en la sala de espera, quedaban once mujeres, once tragedias, once... Bueno, ¿es que se puede decir algo más de once mujeres esperando al amor como se espera al dentista, al mixto de Cantalaúva (o Cantalaparra, que es lo mismo)? Una mujer es ya de por sí una tragedia hasta que no nos demuestra que puede convertirse en lo contrario. Pero once son once tragedias y es mucho, caramba, es mucho.

Nada puede extrañar, pues, que entre la servidumbre de Sergio Hernán, figurasen títulos nobiliarios y si me hubiesen afirmado a mí, por ejemplo, que soy algo escéptico, que

había directores de empresas comerciales, ex ministros, diplomáticos, inventores, etc., me hubiese quedado tan fresco.

El amor toma por dos caminos. O se enaltece sublime convertido en miradas incendiarias, suspiros, y empresas heroicas, o ha de pisotearse como a una miserable alfombra de imitación convertido en servidumbre, rebajado, abofeteado. Y el amor que Sergio Hernán inspiraba era de esos, pero con una particularidad: pertenecía a los de una categoría de preferencia como las terceras de ciertos barcos, pues él, únicamente él, el elegido, el sin par, se mantenía en su sitio inmovible, brutal, indiferente. Era la estatua de Colón de aquella nueva modalidad o categoría del amor...

¡A LA COLA! ¡A LA COLA!

SENIOR! ¡Señor! —decía Oshidori aquella mañana, mientras daba unos golpecitos en la puerta del dormitorio de Sergio. Y la puerta se abrió en seguida, con gran sorpresa del criado, apareciendo Sergio en batín, sonriente—. Qué pronto se ha despertado hoy el señor...

—¿Te extraña?—preguntó éste.

—De ningún modo. Yo siempre espero del señor algo original.

Esto diciendo, cedió el paso a Sergio al saloncito contiguo al dormitorio.

—Pase usted, Luisito—dijo Sergio, volviendo la cabeza.

Y acto seguido, apareció Campsa, Luisito Campsa, aquel desesperado jugador del club, el pintor desconocido (no se admiten coronas), el hombre, en fin, a quien las mu-

jerres habían despreciado hasta entonces poco menos que a una colilla. Oshidori quedó alelado. ¿Por dónde había entrado aquél? Y sus miradas de sorpresa no pasaron inadvertidas para Sergio, que le explicó:

—Aquí tienes, Oshidori, a don Luis Campsa, pintor y hombre sentimental que no tiene suerte con las mujeres, y a quien acabo de encontrar debajo de mi cama. ¡No, hombre! No es lo que te figuras—exclamó Sergio riendo a carcajadas al observar que Oshidori había dado un paso atrás, escamado—. El señor Campsa, Oshidori, que es compañero mío del club, se ha colado en la casa para lo mismo que se quedó Indalecio, de chofer. Para averiguar mis procedimientos de conquista.

—La seducción de un hombre,

señor, es como el espiritismo—decía Oshidori ante Luisito, inclinándose y hablando con acento de superioridad—: una cosa que todo el mundo conoce, pero que nadie puede explicarse.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —preguntó Sergio comenzando a quitarse el batín para vestirse.

—El año pasado en Ostende, señor. ¿Traje para el señor?

—El gris número 7. Y los zapatos número 31.

—¿Corbatas, pañuelo, calcetines y camisa?

—El juego número 20. Y el sombrero 18.

—¿Flor?

—Una diamela.

—¿Perfume?

—«Adelfas mustias».

Y con esta última indicación desapareció Oshidori momentáneamente, como desaparece el maître d'hôtel llevándose la lista de nuestro próximo festín. Sergio se aproximó a su visitante que le contemplaba asombrado, y sentándose junto a él le ofreció un cigarro y le dijo:

—Aprenda usted, querido Campsa, que lo primero que necesita un seductor es vestir bien, pues lo único que les interesa a las mujeres de la cabeza de un hombre es el sombrero.

—Usted no sabe, amigo Hernán,

lo que es verse joven y que las mujeres no le hagan a uno caso...—comentó el otro tristemente.

Frotándose las uñas con un «epilissoir», Sergio respondió:

—Me lo figuro, me lo figuro. Debe ser una felicidad...—y suspiró con melancolía.

—Y como sé que sus conquistas se cuentan por centenares...—nuevo suspiro profundo que desconcertó un instante a Luisito—y que tiene usted salas de espera para las aspirantas, y oficinas para llevar la correspondencia, y un archivo con miles de fichas de mujeres logradas en las que se indica cómo conquistó a cada cual...—un momento se interrumpió, observando a Oshidori que entra con las ropas pedidas por Sergio—pues yo deseaba, señor Hernán, que usted me enseñara todo esto... y me dijera qué debo hacer para enamorar a alguna.

—Hay un procedimiento general para enamorar a las mujeres: no hacerles caso...—dice Sergio, mientras de pie ante un espejo y ayudado por Oshidori, se viste cuidando los detalles—. A veces—continuó, anudándose la corbata—distintos procedimientos llevan a un mismo resultado. Por ejemplo, para que una mujer no le olvide a usted nunca, basta con que la dé un beso; pero si le da usted una bofetada le

recordará también siempre... — y abrochándose el chaleco siguió derochando elocuencia y sabiduría ante la insuperable admiración de su amigo—. Otro procedimiento es la audacia. Ataque siempre audazmente. Si ellas aceptan, ya las tiene. Y si ellas le rechazan siga usted atacando—. Dió la espalda a Campsa para observar ante el espejo el efecto de conjunto de su indumentaria, y continuó, mientras se colocaba el pañuelo dejando escapar las puntas con elegante negligencia—: Cuando las mujeres dicen sí, es que sí. Cuando dicen no, también es que sí.

—¿Qué frase! ¿Qué frase!— exclamó Oshidori admirado, dejando escapar un ligero silbido. Y sacando un cuadernito, escribió rápidamente.

Sergio se puso el sombrero, llevando ya en la mano el bastón y los guantes. Dió dos pasos hacia la puerta, pero se detuvo, y volviéndose hacia Campsa, le dijo apoyándose con distinguido abandono en el bastón:

—Otro procedimiento es ofrecerles lo contrario de lo que tienen. Si son desgraciadas la felicidad, y si son felices, déles usted a entender que las va a hacer desgraciadísimas, y le seguirán al instante.

—¿Cómo está hoy el señor!— dijo Oshidori a Campsa, mientras

escribía entusiasmado en su cuadernito—. ¡Nuevo cuadernos tengo llenos de frases así!

Sergio sonreía. Desde el marco de la puerta se volvió y dijo:

—¿Vamos? Voy a despachar los asuntos del día. Es cuestión de un instante...

Y avanzando por el pasillo, llegan los tres a la puerta de la sala de espera. Sergio abrió la puerta y... ¡la hecatombe! Como si un resorte oculto las hubiese impulsado, se lanzaron todas las visitantes hacia Sergio, gritando atropellando:

—¿Sergio! ¿Sergio! ¿Sergio!

Y formando tropel, intentan salir contenidas a duras penas por Oshidori que exclamaba queriendo imponer sus voces:

—¡Orden! ¡A la cola! ¡A la cola!

Y a fuerza de empujarlas, logró al fin contenerlas y cerró la puerta, jadeante. Campsa, cada vez más asombrado, exclamó:

—¿Caramba!

—En cuanto uno se descuida... —explicaba Oshidori enjugándose la frente sudorosa. Y volviéndose a Sergio que arregla algunos desperfectos de su Impecable elegancia, le aconsejó gravemente—: Sea prudente el señor. Recuerde el señor que una vez que entró el señor en las salas de espera estuvo a punto de morir en el tumulto...

—Diles que pueden irse. Que hoy no recibo a nadie—indicó Sergio con despreciativo ademán, señalando a la sala de espera.

—Sí, señor. Voy a buscar el pulverizador grande del éter para darles la noticia.

Sergio y Luisito entran un momento después en las oficinas, instaladas en una sala contigua a la de espera. Un letrero en la puerta, indica la finalidad de aquella estancia, amplia, alargada, en que siete mecanógrafas se alineaban diariamente ante sus máquinas de escribir. ¡Mecanógrafas! Allí había siete bellezas elegantísimas, siete reproducciones de Venus... Siete fichas del registro de conquistas. ¡Y la secretaria que presidía aquella oficina! En fin, para qué vamos a detallar... En la mente de Luisito Campa debían danzar en aquel momento los pensamientos más dispares, las atrocidades sentimentales más inverosímiles. Aquello era la locura y reconoció que la imaginación en cosas de amor, aun no había salido de la lactancia, comparada con la realidad de lo que veía.

«A mis empleadas, con el antiguo amor de su Sergio.»

Así decía en la dedicatoria de un gran retrato de Sergio, colocado en el platón del fondo de la sala. Todo lo que allí se veía, el ambiente que

se respiraba, el teclear de las máquinas, todo lo presidía el amor de Sergio Hernán, el inconmensurable. Todo era por él y para él.

—¡Sergio! ¡Sergio!—exclamaron a coro todas las mecanógrafas, levantándose a un tiempo, como si hubieran visto una aparición milagrosa.

—¡Chist!—Sergio impuso silencio haciendo un gesto con la mano, y avanzando despacio, seguido por Luisito— ¡No os mováis de vuestros sitios! Ya sabéis que odio el desorden... Y ya pasará yo besándoos por cada mesa...

Y, efectivamente. Acercándose a la primera, le dijo cariñoso:

—Hola, Elisa...

Delicadamente la abrazó y le dio un beso, correspondido con pasión por la joven que murmuró dulcemente, mirándole arrobada mientras le quitaba la flor de la solapa y le colocaba otra de su mesa:

—Sergio...

—Hola, Fernanda...

Repitióse la escena anterior, y la flor fué cambiando sucesivamente, entre besos y frases cariñosas, miradas de fuego y suspiros lánguidos, arrastrados, hondos...

—¿Cómo has pasado la noche?...

—Cúdate, duermes muy poco...

—Hola, Carmencita...

—Sergio...

Luisito se pellizcó. ¿Estaría soñando? ¡Oh! ¡Aquello era apoteósico! ¡Sublime!

Sergio se volvió hacia él, explicándole:

—Perdone usted. Lo hago por estimularlas únicamente al trabajo. Como no cobran sueldo...

Llegó a una mesita donde estaba preparada la correspondencia para la firma y echó una rápida ojeada al montón de cartas escritas aquella mañana. En aquel momento entró en la oficina Pepita llevando un sobre en la mano que alargó a Sergio, diciéndole:

—Toma. Esta nota me la dió esta mañana, antes de irse, la señorita de... la noche pasada.

—¿Elena?—preguntó Sergio intrigado.

—Sí, Elena Fortún, creo que se llamaba.

Entre tanto, las mecanógrafas perfuman las cartas, cerrando los sobres y lacrándolos con barritas de rouge.

Sergio abrió el sobre y leyó la carta de Elena:

«Adiós para siempre. Lo fuiste para mí todo, y yo no era para ti nada. Pero en lo sucesivo jamás serás nada para mí, y ¿quién sabe si yo no llegaré a ser para ti mucho? Me voy a viajar y a olvidar. Elena. Marzo, 1934.»

Al terminar la lectura de aquella carta, el rostro de Sergio adquirió un aire serio. Se levantó y lentamente, con la carta en la mano, fué hacia el ventanal. Miró la carta un momento y luego, fué rompiéndola en pedazos que caen de sus manos poco a poco al jardín. Sergio dudaba por vez primera en su vida. Nadie, ninguna mujer entre tantas como le amaron, le había dicho eso todavía. Sintió que algo extraño, un vago sentimiento de malestar y congoja le invadía. Allí abajo, salpicando con su blancura la mancha verde uniforme del jardín, los pedazos rotos de la carta de Elena parecían reírse de él, apostrofándole; burlores, prometiéndole una revancha dolorosa para él... Se apartó del ventanal y, sonriendo con desgana, salió de las oficinas seguido por Luisito, Pepita y Oshidori.

Pasó el tiempo. Elena Fortún no había escrito en vano aquella carta que un día fuera el epílogo de su aventura amorosa con Sergio Hernán. Viajó, sí. Viajó mucho y en cada estación, en cada puerto, en cada rincón apartado donde el turismo internacional volcaba su carga de curiosos en amalgama de fantástico colorido, fué dejando un poquito de su pena en pago de aquel otro poquito de indiferencia y olvido con que iba envolviendo su

corazón lastimado. Y se divirtió en París. Y en Londres paseó su soberbia silueta de española magnífica. Y Suiza, Berlín, Viena, Roma... la vieron destilar por sus lujosos boulevards, dejando en los grandes hoteles un nombre más en el registro, pero una admiración excepcional ante todos aquellos que contemplaban el diario desfile de una humanidad ansiosa, insaciable de emociones. Y un día...

«Alicante. - La Costa Azul Española. - Temporada 1936.»

Esto fué el último cartel que llamó la atención de Elena en una oficina extranjera. Uno de los primeros expresos de la temporada, la dejaron en aquellas playas levantineas. Aquellos dos años inquietos, cuajados de exotismo, de panoramas extraños, de flirts extrarápidos, le habían hecho mucho bien, templando de nuevo sus sentimientos que ahora eran más dúctiles. Su corazón era ahora, como si dijéramos, una hoja de Toledo (no confundir con las de afeitar). Antes de quebrarse ante el choque de un nuevo desengaño, se curvaría resistiendo el golpe.

Poco, realmente, tuvo que aguardar para comprobar si su cura spi-

ritual había sido afortunada. Una mañana resplandeciente, maravillosa, estaba Elena sentada en la terraza de un lujoso hotel de la costa. A su lado, un caballero de porte distinguido y edad madura, le hablaba insinuante, prendido fijamente en una mirada intensa a aquellos ojos, aquella boca, aquel conjunto ideal de perfecciones que pretendía sinceramente hacer suyo en el otoño de su vida. Elena contemplaba el azul intenso del mar, y la voz de su admirador parecía llegarle de muy lejos...

—¿Y no se ha enamorado usted nunca?—le preguntaba él pendiente de su respuesta.

—Me enamoré una vez... Hace dos años. Pero el desengaño fué tan grande que desde entonces voy de un lado a otro del mundo sin objeto y sin ilusión...

—Sé que no puedo aspirar a que usted me quiera, pero yo le ofrezco mi fortuna, mi nombre y un hogar tranquilo. Piénselo usted...

Elena le escuchaba seria. Allí, en el fondo de su corazón, algo volvía a revivir. Algo extraño, que no era sin embargo aquello que sintió otra vez. No era amor, no. Pero...

¡ATIZA!

EN la casa del Marqués de Pantecosti, parecía haber ocurrido algún suceso extraordinario. Todos estaban reunidos en el vestíbulo, sentados en derredor de Pantecosti que hablaba con apasionamiento y evidente mal humor. Cuatro mujeres y dos hombres le escuchaban aprobando sus palabras con gestos y exclamaciones de censura dedicadas a alguien que no se hallaba presente en la reunión.

—Como comprenderéis, esto no puede seguir así—decía en aquel momento, levantándose e iniciando un paseo nervioso al rededor de la estancia—. El tío Ernesto se nos casa, no hay duda—agregó deteniéndose un instante—. Ayer, en la terraza del hotel le oí francamente declararse a esa mujer, que nadie sabe quién es, ni de dónde viene, y

ofrecerle su nombre, que es suyo, esta casa que era de su padre y su fortuna, que nosotros queremos sea nuestra...

—¿Es posible que se le haya declarado? ¡Qué desvergüenza!—exclamó una de aquellas señoras, escandalizada.

—¡Qué viejo más lila!—le secundó otra.

—¿Lila? Verde, hija, verde...—comentó uno de los caballeros, que hasta entonces sólo se había limitado a escuchar.

—Si no evitamos esa boda, estamos perdidos, porque al casarse la fortuna del tío Ernesto pasará íntegra a manos de esa intrusa. Ahora bien, como yo soy un hombre inteligentísimo, ¡pues tengo una idea!

Y Pantecosti se regocijaba al

pensar en el proyecto que había estado preparado cuidadosamente. Una sonrisa amplia, ampliamente desvergonzada, acentuó en su rostro el sello del típico caradura, vividor alegre y despreocupado. Es decir, despreocupado de todo aquello que no fuese obtener dinero sin trabajar.

—¿Una idea? ¿Una idea?

Y todos rodearon a éste, ansioso escuchar cualquier proyecto que tendiese a la solución de lo que para ellos significaba una tragedia. Sí, a toda costa había que evitar la fuga de la herencia. Y por eso...

Pantecosti trataba de abrirse, aunque en vano, camino por entre aquel grupo compacto de señoras. Alguna vez que otra se le veía asomar su cara angustiada como buscando a alguien que le tendiese un puente, un puente moral, claro está, convenciendo a aquellas aspirantes de la sala de espera de Sergio, de que él no venía con el ánimo de liquidar ninguna cuenta con aquel mastodonte del amor. Pero nadie acudía a sus mudas llamadas de auxilio. Por fin, logró al menos que le prestasen atención.

—¡Señoras! ¡Pero señoras, por favor!

—¡No! ¡No! ¡De ninguna manera! ¡No lo toleramos!

—Señoras — gritó estridente y

teatral—. ¡Que les juro a ustedes que yo para lo que vengo a ver al señor Hernán es para hablarle de negocios!

—¿De verdad que no es usted un marido que viene a matarle?—inquirió una de ellas.

Quince pares de ojos se clavaron en él.

—¡Por Dios! En las grandes ciudades ya no hay maridos que maten.

—Es que como usted tiene cara de ser de pueblo...

—¡Habrás visto! — exclamó ofendido Pantecosti, llevándose la mano al nudo de la corbata.

—Tengan la bondad de guardar silencio, señoras—ordenó Pepita la noble doncella, entrando en aquel momento en la sala—que el señor va a levantarse y si le molestan se negará a recibirlos.

Pepita salió dejando con sus palabras más sosegado el ambiente.

Mientras tanto, Sergio Hernán el magnifico se estaba preparando, con la cara jabonada y tumbado en un butacón, a recibir la caricia de la navaja que las manos de Oshidori afilaban en aquel instante. Momentos después, con un espejo de mano en la mano, Sergio se contemplaba con gesto contrariado.

—¡Qué mala cara tengo! Y es que Madrid en otoño no me prueba. En otoño no me prueba más que la

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL



- No estoy visible pa-
ra ninguna señora.



- Guárdelos para el
primer socio del club que
se muera.



-Luietto se pelliccò.
«Estaría soñando?»



-Sergio... Te querré
siempre... ¡Siempre...

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL



...hacia la mesa donde
Elena y Sergio depar-
tían...



—¿Y cómo dice que le
va, viejo?



—Gracias a sus consejos, he conseguido que me quieras tú.



—...y empezamos a hacer el amor a todas las señoras de la casa.

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL



Sergio y Elena con-
templaban a todos...



-Quilley



USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL



- Y es
pena
crisis de



- (Moldita sea, hotel)



«¡loraba, suspiraba, ni
afectarse quería!...»



—No, esta vez ha sido
en el corazón.



Costa Azul. Acuérdate del año pasado; sólo en un mez en Niza gané tres kilos.

—Pero recuerde el señor que lo que ganó en Niza, lo perdió luego en Montecarlo.

—Estoy cansado, Oshidori. Empiezo a darme cuenta de que coleccionar mujeres es como coleccionar sellos, con la ventaja de que al final nadie le compra a uno la colección.

—Una frase preciosa, señor. Sirvase el señor hinchar el moflete izquierdo—agregó, pasando la navaja como una pluma—. Lo que el señor necesita...

—Oshidori, acabas de tener un rasgo de talento...—exclamó Sergio mirando a su criado, que quedó un momento con la navaja en suspenso.

—Señor, ¿es mi costumbre! —respondió aquél, bajando la vista.

—Y si yo te dijera que estoy enamorado, ¿lo creerías?

—Sí, señor.

—Oshidori, eres un estuche —afirmó Sergio, ofreciendo el otro carrillo a la navaja.

—Todo criado está en la obligación de ser un estuche cuando sirve a un amo que es una joya—y agregó limpiando la navaja—: La frase es del señor cuaderno cuarto.

—Pues la verdad es eso, Oshidori. La triste verdad es que entre todas las mujeres que han pasado por

mi vida, ha habido una a la que no he podido olvidar y de la que no he vuelto a saber nunca. ¡Dos años ya!

—comentaba Sergio, evocando melancólicamente—. ¡Dos años! Y desde entonces el nombre de ella no se aparta de mi imaginación. ¿Sabes qué nombre es ése?—preguntó, mirando a Oshidori.

—Elena—respondió aquél sin titubear.

—¡Elena! ¡Elena! ¿Cómo has podido adivinarlo?—volvió a preguntar sorprendido.

—Ya hace tres mañanas que cuando entro a despertar al señor, el señor me coge por las solapas y exclamando: ¡Elena mía!, me da un beso.

—¿Qué?

Sergio se incorporó como si lo hubiesen pinchado.

—¿Que yo te doy un beso?

—Un ardiente beso, señor—respondió muy serio Oshidori.

—¿Y cómo no me lo has dicho hasta hoy?—preguntó intrigado Sergio.

—Señor... Uno tiene sus pudores...

—Escúchame, Oshidori —exclamó Sergio poniendo una mano en el pecho a éste—: te lo juro, eres el primer hombre a quien beso.

—¡Qué feliz me hace el señor

con sus palabras!—y Oshidori sonreía dulcemente al decir esto.

Sergio hizo ademán de pegarle, pero se conformó con golpearle la cara con el paño de afeitarse.

Entretanto, Pantecosti había ganado metro y medio de terreno al enemigo, y continuaba atacando con todas sus reservas.

—Les repito, señoras—decía indignado y repartiendo codazos—que vengo a hablarle de negocios. Abran calle, hagan el favor, que voy allá.

—¡Y no irá usted solo!—exclamó una señora, poniéndose decidida al lado de Pantecosti.

—¿Eh?—exclamó éste sorprendido, contemplando a la dama.

—Soy la Condesa de San Isidro, caballero—recalcó ésta, con un deje chulón y mirándole de arriba a abajo.

—Muy señora mía...

—Lo de «muya», puede. Lo de «suya», desde luego que no. Y lo de «señoras» se me está acabando. Porque he salido a mi tatarabuela, que está en el Museo del Prado pintada por Goya, que era de las que bajaban al Pardo a por bellotas. ¡Y soy capaz de todo! ¡¡A mí no me torrea más Sergito!! Ande usted delante, caballero, y no tenga miedo que yo voy detrás.

E indicándole la puerta a Pante-

costi, echó a andar detrás de él saliendo al pasillo.

—¡Por allí! ¡Por allí!—indicó la condesa señalando las habitaciones de Sergio, ante la desorientación de Pantecosti.

—¿Qué jaleo es ése?—exclamó Oshidori saliendo por el extremo opuesto. Su rostro se tornó ceñudo al ver a la condesa que empujaba a Pantecosti. Salio a su encuentro y agregó respetuoso pero con acento firme: El señor no está visible para la señora condesa.

—¡Oshidori, no empieces a hacer el canelo y déjame en paz!—respondió ésta avanzando hacia él.

—He dicho que vengo a verle y le veré, ya lo verá. ¡Y tú quitate de mi vista, porque estoy viendo que te veo y no te veo! ¡Mira que estoy dispuesta a sacudir a la remanguillé!

Y arrollando a Oshidori que pretendía cortarle el paso, entró como una tromba en la alcoba contigua al dormitorio de Sergio.

—¿A la remanguillé, señora?—preguntó Pantecosti, extrañado.

—A la remanguillé, caballero. Es castellano—dijo con énfasis, sentándose en un sillón.

Y Pantecosti la imitó comentando para sí:

—Será castellano antiguo.

—Conque: ¡pronto!, dile a ése

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

que saiga...—ordenó imperiosa dirigiéndose a Oshidori.

—¿A ése?

—A ése, sí. A Sergio.

—Lo siento, señora, pero el señor se enfadaría muchísimo si le pasara el recado... — se animó a contestar Oshidori, armándose de valor.

—¿Que se enfadaría? ¿Por qué? —preguntó la condesa levantándose con gesto poco tranquilizador.

—Porque...

Oshidori advirtió a Pantecosti en voz baja antes de contestar:

—Caballero, trasládese usted a aquel rincón que esto es zona peligrosa.

—¡Catty!—exclamó éste levantándose asustado.

—El señor me ha dicho que no quiere ver más a la señora condesa —se decidió, por fin, a decir Oshidori lanzándose al peligro audazmente, y agregó mientras la condesa daba un grito de indignación salvaje:— ¿Que ha acabado para siempre con la señora condesa!

—¿Que no quiere verme más? ¿Que ha acabado conmigo para siempre? ¡¡Repita eso!!

Y furiosa se acercó a Oshidori,

—¡No lo repita usted que está allí mi hongo! —terció asustado Pantecosti, al ver a la condesa en franca ofensiva arrojar cosas de la

mesita al suelo y gritar desaforadamente:

—¿Que ha acabado conmigo para siempre? ¿Que no quiere verme más? —exclamaba hecha un basifisco.

Sergio, altivo, dominador, el gesto enérgico pero sereno, apareció de pronto en la puerta de su dormitorio. Vestía traje de calle. Quedó un momento contemplando la escena y luego miró a la condesa cejijunto. Esta se había calmado instantáneamente; despeinada y con una figurilla de porcelana en la mano, a punto de arrojarla al espacio, sonrió a su amado mumilmamente.

—¡Qué espectáculo tan repugnante!—exclamó Sergio avanzando, dueño de sí mismo, hacia la condesa.

Pantecosti, boquiabierto, se había quedado asombrado murmurando para sí:

—El protagonista...

—¡Ni una palabra más! ¿Entendido?—prosiguió Sergio, dirigiéndose a la condesa, que bajó la cabeza como avergonzada.

—Las domina, no cabe duda —volvió a murmurar para su corbata Pantecosti.

—Dispense usted esta escena, caballero; pero es que las mujeres siempre acaban por ponerle a uno

en ridículo—dijo Sergio volviéndose hacia Pantecosti.

—Lo sé, señor Hernán; soy casado — respondió éste sonriendo con aire de suficiencia.

—Supongo, Sergio, que lo que me ha dicho Oshidori no será... — comenzó a decir la condesa suavemente.

—Lo que te ha dicho Oshidori es la verdad — interrumpió duramente Sergio, y prosiguió en el mismo tono—. Lo nuestro ha concluido, Adelaida. El amor es como la salsa mayonesa; cuando se corta uno hay que tirarlo y empezar otro nuevo.

Y Oshidori tomó nota en su cuadernito.

—Está bien, Sergio — respondió la condesa con terrible calma—. Aquí había una mesa para los dos, en la que tú ahora quieres comer solo. Pero yo voy a tirar del mantel para que no coma nadie — agregó amenazadora ya—. Abajo está mi marido, que le he dicho que espere, que venia al dentista...

—¡Las cosas que nos dicen a los maridos! — comentó, asombrado, Pantecosti.

—Pero ahora le voy a explicar la clase de dentista que eres tú y la clase de consultas celebradas entre tú y yo... ¡con lo cual, el único que

va a empezar a estropear dentaduras es él!

—¡Atíza! — exclamó Pantecosti, pensando en la perspectiva de un dramón.

—¡Atizará, caballero! Y con mucho gusto — respondió la condesa recuperando su acento chulón.

Y salió de la estancia mirando a todos despectivamente, con una mano en la cadera y una sonrisita... Que bueno...

—¡No! ¡Y además lo hace como lo dice! Es capaz de todo... Porque como su tatarabuela baja al Pardo a por bellotas... — comentaba aterrado Pantecosti ante la tranquila indiferencia en que los había dejado a Sergio y Oshidori la salida teatral de la condesa.

—No se preocupe usted... — le tranquilizó Sergio encendiendo un cigarrillo.

—Pero...

—No se preocupe, caballero — intervino Oshidori, cambiando una sonrisa con Sergio.

—¡Maridos, Oshidori! — comentó éste mirando a su criado y riendo abiertamente.

—¡Maridos! ¡Qué risa! — respondió Oshidori, riendo también, aunque con cierta discreción.

—¡Maridos! ¡A mí ya...! — coreó riendo también Pantecosti, pero se detuvo de pronto poniéndose serio.

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

Había recordado que él era marido...

—Dígame el objeto de su visita y no se preocupe, caballero — le tranquilizó Sergio dándole una palmadita en la espalda y ofreciéndole un sillón, sentándose él también.

—Pues después de lo visto, creo que haremos el negocio que aquí me trae. Vengo a ofrecerle, señor Hernán, 40.000 duros... —dijo Pantecosti, arrellanándose y contemplando el efecto producido por su oferta.

—¿Eh? — exclamó sorprendido Oshidori, abriendo, como Sergio, unos ojos que parecían dos huevos fritos. Y solícito, se apresuró a ofrecer a Pantecosti un butacón más cómodo, ayudándole a trasladarse y poniéndole unos almohadones en la espalda—. Siéntese, siéntese aquí el señor. Así estará más cómodo el señor...

Sacó un cigarrillo, se lo puso en la boca a Pantecosti y lo encendió.

—Gracias... Muchas gracias — dijo éste, despidiendo satisfecho una bocanada de humo.

—¿Y esos 40.000 duros va a regalármelos o tendré que ganarlos? —preguntó Sergio sonriendo amablemente a Pantecosti.

—¡Ah! Tendrá usted que ganarlos —respondió éste.

Y aun con la palabra en la boca,

se vio despojado rápidamente de los almohadones y del cigarro, que Oshidori le quitó mirándolo ceñudo y sin más explicaciones.

—¡Bueno! —exclamó Pantecosti con gesto resignado, y prosiguió—: Pero el trabajo es tan fácil para usted, que es el Don Juan más infalible de España... Soy el barón Reginaldo de Pantecosti y necesito, señor Hernán, un seductor... Le ofrezco 40.000 duros a cambio de enamorar a una mujer.

—Comprendido; alguna vieja lo-gio.

—No; nada de vieja loca. Vea usted...

Y sacó de su cartera una fotografía que enseñó a Sergio. Este la tomó con indiferencia, la miró, la acercó más a sus ojos, dió un grito terrible y cayó hacia atrás, desmayándose por momentos.

—¡Ella...! ¡Oshidori, es ella!... ¡¡Ella!!... — murmuró quedamente y se desmayó, por fin.

—¡Caramba, qué impresión le ha hecho! — exclamó Pantecosti desconcertado, mirando a Oshidori.

—Se ha desmayado... Sujétele la cabeza mientras yo pulverizo —contestó Oshidori, pulverizando el ambiente alrededor de Sergio.

—¿Volverá? — preguntó Pantecosti alarmado, sujetando la cabeza de Sergio.

—¡No ha de volver!

—¿Y cuándo notaremos que vuelve?

—Cuando vuelva.

—¡Caballero! ¡Regrese! —decía Pantecosti, sacudiendo a Sergio—. ¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!—exclamó en seguida, viendo que Sergio abría los ojos.

Este se incorporó, cogió frenético a Pantecosti por un brazo y le dijo con ansiedad:

—¡Barón! ¡Hable! ¡Explique!... Ya estoy bien. ¡Pronto! Sin dilaciones... Siéntese... Dígame todo el que sepa de esa mujer... ¡No me oculte detalle!...

Volvió a sentarse Pantecosti y volvió Oshidori a colocarle los almohadones en la espalda y un cigarro en la boca, encendiéndoselo. Pero Pantecosti le miró escamado y preguntó:

—¿No me lo quitará usted luego?

—¡Venga!... —exclamó impaciente Sergio—. Explique. Hable usted, barón...

Pantecosti despidió el humo que le llenaba la boca, cruzó sus piernas y se dispuso a entrar de lleno en el asunto que allí le había llevado.

—Ante todo —dijo—, ¿conoce usted al marqués de la Torre de las Trece Almenas?

—Por referencias. Setenta años, gotoso, 13 millones de pesetas de capital...

—Exacto. Un millón por almena. Pues yo soy uno de los herederos del marqués. El marqués, que vive con mi mujer, conmigo y con los restantes herederos, en su casapalacio de Alicante, el año pasado hizo testamento a favor nuestro. Como está acabadísimo, pues todos esperábamos de un momento a otro un triste y alegre desenlace...—el rostro de Pantecosti expresa la enorme emoción evocadora de aquel desenlace y Sergio le escuchaba bebiéndose sus palabras. El otro prosiguió—: Pero hace un mes, el marqués conoció a una mujer y se enamoró de ella...

—¡Elena Fortún!—le interrumpió bruscamente Sergio, y su mirada ansiosa exploró la cara del otro.

—Eso es. Y anteayer la pidió en matrimonio y mañana se toman los dichos...

—¡No! —exclamó Sergio levantándose de un salto.

—Sí, señor, sí—afirmó Pantecosti, mientras Sergio comenzaba a pasearse nervioso de un lado a otro, seguido por Oshidori y Pantecosti.

—¡No! ¡Que no! ¡Ella no se casará! ¡Y menos con un viejo! Yo impediré esa boda... —murmuraba con acento desesperado.

—Pero si de eso se trata... Si a lo que yo vengo es a proponerle a usted que impida esa boda. ¿No comprende que si el marqués se casa, la herencia volaría de nuestras manos y pasaría íntegra a su esposa?

—¡Pues es verdad!—dijo Sergio deteniéndose y dándose una palmada en la frente.

—Elena vive en casa invitada por el marqués. Nosotros estamos fingiéndonos amigos suyos. Y mi proyecto es instalarle a usted en la finca de Alicante, también como invitado, presentarle a Elena, que usted la conquiste con sus procedimientos infalibles. Y ella renuncia a la boda; usted cobra los 40.000 duros, el marqués se muere del disgusto, y nosotros heredamos... ¡Y tutti contenti!

Y Pantecosti se acariciaba la barbilla satisfecho, viendo ante sí un panorama de doradas almenas que le hacía lagrimear de resplandor. En ese momento alguien que no lo conociese creería que se trataba de un pariente directo de Abraham. Sergio, que le había estado escuchando con reconcentrada atención, sonrió alegremente cuando aquél se hubo explicado, y exclamó abrazando a Pantecosti:

—¡A mis brazos, barón!

La expresión de Oshidori, entre-

tanto, era elocuente. Parecía decir contemplando a Pantecosti: ¡Valiente sinvergüenza estás hecho! Pero se trataba de la felicidad de su señor y acabó también sonriendo beatíficamente.

—¿Acepta?—preguntó el barón abrazando a Sergio con entusiasmo.

—¡Aceptar!—dijo éste apartándose con un gesto despectivo—. Con esa palabra ni puede darse idea... Hay que inventar otra palabra... ¡Y voy a inventarla!

Y se puso a disturrir mientras Oshidori abría el cuadernito dispuesto a tomar nota.

—¡Ya está! ¡No acepto, barón! ¡«Lo esgorcio»! — exclamó Sergio triunfalmente, estrechando la mano a Pantecosti.

—¿Lo esgorcia? ¡Buena, oiga usted, en serio: ¿De verdad, de verdad lo esgorcia?—preguntó riendo satisfecho Pantecosti.

—El lunes mismo salgo para Alicante—respondió Sergio y volvió a abrazar al barón, radiante de felicidad.

—Gracias, señor Hernán.

—Y ahora vamos a almorzar juntos, a brindar juntos, a emborracharnos juntos. Digo, si usted acepta el convite...

—Pues, no, señor; no lo acepto. ¡Lo esgorcio!

Y nuevamente se lanzó Pantecosti a los brazos de Sergio, que gritaba riendo:

—¡Olé! ¡Lo esgorcio! ¡Viva el tío! ¡Viva España!

Pantecosti regresó a Alicante y preparó el terreno distribuyendo los papeles que a cada cual le correspondían en la farsa tragi-cómica que se iba a iniciar.

Si aquello era medianamente decente, medianamente decoroso, medianamente aceptado por la sociedad organizada, yo, ¡no «esgorcio» la moralidad en una forma tan atrevida y tan metalizada.

Sergio sería un intermediario y en Sergio cabía la disculpa, aunque con ello puedan sentarse promesas para la actuación de futuros herederos que se encuentren en el mismo caso de nuestra historia y actuales «amadores» que también se crean que siguen los pasos de Sergio Hernán. Pero los Pantecosti eran

sencillamente unos sinvergüenzas, aunque hemos de reconocer que lo hacían con gracia. Unos sinvergüenzas que esperan trece millones de pesetas, no son vulgares ni mucho menos. Sor, podríamos afirmarlo así, los financieros de la sinvergüenzonería.

En fin, el enjuague estaba hecho, y el pobre marqués, a quien en mala hora le legaron trece almenas, ¡trece!, en su título, que bien podían haber sido doce agregando en cambio otro millón, estaba en la «inopia», como se dice vulgarmente.

El Destino estaba jugando una buena partida y no terminaría hasta dar con el marqués en la tumba fría y solitaria. Con «Helenas» en los brazos de Sergio. Con los millones en los bolsillos de los Pantecosti. Y con Indalecio nostálgico, dultón y «pe-sao» en los dominios del tango, en los de «mi caballo murió...», el viejo, el mate y la tranquera.

¡ESTRAPERLO!...

LA captura de los trece millones del marqués era inminente. Ni el cielo magníficamente sereno; ni el mar azul; ni las palmeras evocadoras; ni las playas tranquilas, nada, podía hacer presumir aquella maniobra que se iba tejiendo en la sombra. La torre de las trece almenas se derrumbaba arrastrando al marqués en su caída, aunque éste, a decir verdad, nada sospechaba de aquella conspiración filogangsteriana. ¡No! Nada de comparaciones exageradas. Aquello despedía un tufo extraordinario a Capone... (conste que es castellano moderno, aunque no lo parezca. Nota del Autor).

En el vestíbulo de la casa del marqués se encontraban reunidos aquella mañana Pantecosti y Ma-

riano, otro de los presuntos hieroderos. Ambos mostraban su preocupación natural en aquellas circunstancias, ya que eran los promotores y el alma de la empresa.

—Hernán va a llegar de un momento a otro y éstas no bajan...— comentó Pantecosti con Mariano, mirando el reloj—. ¡Beatriz! ¡Fernanda! ¡Julia!—gritó al pie de la escalera que conducía al piso superior.

—¡Ya vamos! ¡En seguida acabamos!—gritaron las tres señoras nombradas como poniéndose de acuerdo, mientras daban los últimos toques a su arreglo personal ante los tocadores respectivos de su respectivos cuartos.

—Estarán poniéndose de veinticinco alfileres, para recibir al tal Hernán. ¡Desde que saben que va

a venir, están todas como locas!—comentó Mariano de pésimo humor.

Y siguió gruñendo entre dientes, apostrofando a todos los Don Juanes, a todas las Elenas y a todas las almenas. A estas últimas por lo que costaba llegar hasta ella nada más.

—Aguanta, Mariano...—le aconsejó Pantecosti sin detenerse en sus paseos.

—¡Aguanta! Claro, como tu mujer tiene más años que las cuevas de Altamira... Pero si tuvieras una mujer joven y guapa como yo...

—Me aguantaría también. Nuestra única solución es Sergio Hernán. Si ese hombre no enamora a Elena y se la lleva, ya podemos aprender a tocar el violín y a elegir una esquina donde dé el sol...

—Y que lo digas, hijo, y que lo digas...—aprobó Beatriz una de las señoras de la pandilla, que baja en ese momento seguida de las otras dos.

Sus vestidos, sus peinados, sus caras, todo da idea del celo que han puesto para aparecer «castigables» ante Sergio, aunque más lo merecen por sus maridos. Se reunieron todos y Elena... ¡pobre Elena! quedó hecha unos zorros en seguida.

—¡Esa maldita mujer es la culpable de todo!—exclamó Fernanda.

—¡Bien ha sabido embaucar al tío Ernesto—siguió Julia.

—¡Y cuando ya teníamos la herencia en las manos! ¡Porque es que la teníamos ya en las manos!—terció Beatriz machacando las palabras.

—¡Hombré! Yo hasta había cerrado ya los dedos...—intervino Pantecosti, incapaz de guardar silencio cuando se rozaba siquiera la cuestión de la herencia.

Entretanto, en el campo de tenis de la casa, tres personas jugaban animadamente. Se trataba de una pareja—él y ella—contra una mujer de imponente figura. El blanco immaculado de sus trajes hacía un contraste estupendo con el verde de los árboles cercanos y el rojo del suelo de la cancha. Momentos después, los tres jugadores daban por terminado el juego, salían del campo charlando y se internaban en el parque dirigiéndose a la casa.

—Bueno, voy a subir a arreglarme un poco. El invitado de ustedes está al llegar...—dijo Elena Fortún, alejándose y desapareciendo tras los arbustos. La otra joven quiso seguirla, pero se lo impidió su acompañante cogiéndola por un brazo y haciéndole sentarse junto a él en un banco.

—Tú te quedas aquí—le dijo de mal humor Luisito Campsa, aquel

pretendiente a Don Juan que en cierta ocasión había solicitado los informes técnicos de Sergio sobre sus procedimientos para conquistar a las mujeres.

—Pero, ¿qué le pasa? ¿También tienes celos como mi tío Mariano? —preguntó la joven mirándolo asombrada y sonriente.

—Yo, con mayor razón que él. Conozco a Sergio Hernán... —respondió él con lúgubre acento, mirando al suelo.

—¡Chist! No pronuncies ese nombre, no sea que te oiga Elena. Ya sabes que tío Reginaldo ha encargado mucho que no la digamos a Elena cómo se llama nuestro invitado...

—Sé de lo que es capaz ese hombre... Gracias a los consejos que él me dió, he conseguido que me quieras tú... ¡Y ahora le tengo miedo, Nina! —dijo Luisito cada vez más sombrío.

—¡Qué bobo! Claro que le gustaré porque no soy del todo fea, y... —comenzó a decir Nina coqueteando.

—¡Nina! —gritó Luisito, que la miraba escamado y con el ceño fruncido.

—¡Ay, hijo! ¿Qué susto me has dado! —exclamó la joven sobresaltada, mientras Luisito la miraba todavía colérico.

Elena, jugueteando con la raqueta, llegó a la casa. Estaba más guapa que nunca. El sol le había bronceado la piel y el ejercicio de los deportes le daba día tras día una elasticidad y elegancia maravillosa en todos sus movimientos. No era, pues, extraño que con aquel cuerpo y aquella cara dejase de atraer sobre ella toda la furia familiar de aquellos cazadores de herencias; los femeninos, claro está.

—¡Y pensar que todo ocurre por esa maldita mujer! —exclamaba Fernanda por tercera vez en poco tiempo esa mañana.

—¡Chist! ¡Callad, que viene! —avisó Beatriz, imponiendo silencio y aprestándose a recibir a su invitada forzada con la sonrisa más acogedora que pudieran lograr.

—¡Elena, querida! —exclamó Beatriz sonriendo hipócritamente.

—¡Elena!

—¡Querida Elena!

Y las tres mujeres rodearon a esta mostrándose exageradamente amables.

—¡Qué cara dura tienen las mujeres! —comentó Pantecosti con Mariano, mirando hacia ellas y después de saludar inclinándose sonriente.

—Estas cosas las hacen como nadie —respondió el otro, saludando igualmente.

—He pasado la mañana hablando de usted—le decía Beatriz a Elena, con acento empalagoso.

—Eso es verdad — dijo en voz baja Pantecosti a Mariano—, pero ¡si oyera lo que dijimos!...

—No tengo que decirles cómo agradezco el afecto que todos ustedes me demuestran en esta casa. Aquí me encuentro como en familia — exclamó Elena, dirigiéndose despacio hacia la escalera.

—¿Oyes, Reginaldo? Dice que se siente como en familia...—comentó Beatriz, volviéndose hacia Pantecosti.

—¿Sí?—respondió éste sonriendo como los conejos a Elena. Y agregó luego para sí: ¡Qué mona!

—¡Estoy tan huérfana de verdaderos afectos! — se lamentó con tristeza Elena.

—Pero con su juventud y con su belleza no debe desesperar de encontrar algún día un hombre enamorado y joven—le respondió fingiendo, envenenada, Fernanda.

—¡Sobre todo joven!... Un joven, es lo que digo... lo digno de una joven.

Y Beatriz esgrimió la diplomacia, haciendo una finta peligrosa a modo de ensayo.

—¡Los jóvenes! Tengo ya de ellos una amarga experiencia... Quise a uno como sólo se quiere

una vez...—Elena perdió un minuto la mirada en el infinito, evocando—. Y fue para siempre—agregó reaccionando. Y siempre con el mismo acento de sincera nobleza, prosiguió ante la sorpresa general—: Y si me caso con el marqués, es porque he visto en él adhesión, y la ternura paternal que me faltó desde niña...

—¿Se explica, eh?—indicó Mariano a Pantecosti, dándole con el codo.

—¡Hombre! Es más larga que el Rocambole...

—En fin, más vale no hablar de esto. Hasta ahora.

Y Elena se alejó, subiendo al piso superior para arreglarse.

—¡Qué cinismo!—exclamó Beatriz furiosa como todos los damas, y tan pronto pudo cambiar su sonrisa de despedida por un gesto sinceramente notable de odio reconcentrado.

—¡Qué descaro! — siguió Fernanda.

—¿Pues no dice que se va a casar con el tío Ernesto porque ha visto en él ternura paternal?—comentó irónica y despectiva Julia.

—Lo que ha visto son trece millones de pesetas en fila india...

E indicó con un gesto de su mano cómo a su juicio vela Elena colocados los millones.

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

La tragedia de Luisito Campa era espantosa. Si había algún remedio para terminar con ella, éste debía pertenecer aún a los misterios insospechables. Estaba más loco que Don Quijote. Había sido un desterrado del amor, un desheredado de Cupido, y ahora que éste le acogía entre sus elegidos, se complacía haciendo el bellaco tantas veces como ocasiones tenía de demostrar sus dotes amoratorias. Y sus explosiones de furor inspiradas por los celos sobrepasaban los cuarenta grados centígrados de la tontomanía.

Furioso, dando raquetazos a diestro y siniestro, llegó a la puerta del vestíbulo donde la reunión seguía amasando improperios contra Elena. Hablaba solo y su presencia sembró la estupefacción entre los allí reunidos.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea, hombre!—entró diciendo con gesto desesperado y sin mirar a nadie.

—¿Eh?—exclamaron todos asombrados.

—¿Qué le pasa a usted, Luisito?—le interrogó Pantecosti, aventurándose.

—¿Qué va a pasarme? Qué va a pasarme? ¡Que ya estoy harto, maldito sea, hala! ¡Que no aguanto más, hala! ¡Maldito sea, hombre!

—Pero hijo, haga usted el favor

de explicarse...—rogó Beatriz, dejando paso a la curiosidad.

—¿No me estoy explicando? ¿No estoy hablando bien claro? ¡Lo estaba viendo venir, maldita sea, hala! Y que si ustedes... ¡pues, bueno, hala! Pero ¿yo? ¡Yo, no! ¡Hala, maldita sea! Y ya he dicho bastante, hala, maldita sea! ¡Y no digo más, maldita sea, hala!

Y no dijo más, efectivamente. ¿Para qué? Estaba muy claro, ¿no? Se fué desesperado, aplicando raquetazos a los muebles y desapareció al fin escaleras arriba, dejando a todos como si hubiesen visto al Negro vestido de pebete.

—Pero, ¿qué le ocurre a ése?—preguntó Pantecosti reaccionando y dirigiéndose a Nina, que entraba en ese momento.

—Pues le ocurre que es un imbécil. ¡Que tiene celos el muy majadero! Que dice que yo voy a enamorarme de Sergio Hernán. ¡Que nos vamos a enamorar todas de Sergio Hernán!—respondió la interpelada, roja de indignación.

—¿Todas?—exclamó Beatriz sonriendo.

—Sí. ¡Yo! ¡Y la tía Julia! ¡Y la tía Fernanda!

—¿Nosotras?—preguntó Fernanda protestando.

—¡Qué estúpido!—exclamó Julia en el mismo tono.

—Y es lo que yo he dicho—comentó Nina—. ¿Pero cómo vamos a enamorarnos de Sergio Hernán si aun no le conocemos? ¡Espérate a que le conozcamos!

—¡Claro! ¡Claro!—exclamaron a una todas las demás.

—Oye, tú, ¿qué es eso de «claro»? ¿Qué es eso de «claro»?—intervino ásperamente Mariano, mirando ceñudo a Fernanda, su mujer.

Oshidori y Francisca avanzaban en aquel momento por el jardín en dirección a la casa. Acababan de llegar a Alicante e inmediatamente se habían trasladado al palacio del Marqués. Oshidori, cargado con una maleta, andaba despacio, trabajosamente, conversando con Francisca que, de cuando en cuando, se llevaba el pañuelo a los ojos. Eran la avanzada, los embajadores plenipotenciarios del bienestar de su señor. Y eran, además, los encubridores del «estraperlo» planteado por Panteocostí y «resgornado» por Sergio en aquella memorable reunión en que las trece almenas del Marqués, con su sillón correspondiente cada una, fueron las víctimas elegidas por aquellos destructores de blasones.

—Y ahora a desempeñar su papel, señorita Montánchez... —decía Oshidori, enjugándose la frente sudorosa, mientras trataban de coronar una pendiente del jardín—. Ya

sabe usted que el señor anda loco por esa mujer, y desde que espera verla está que no da una. Si no lo ayudamos fracasará. Nuestro deber es ayudarlo a que conquiste a la señorita Elena...

—Sí. Sí. Tener que ayudarlo yo a conquistar a otra. ¡San Pedro Nolasco!—exclamó llorando Francisca, cuyos compañeros inseparables eran el Santoral y el pañuelo.

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí!—gritaba momentos después Panteocostí, viendo aparecer a los dos sirvientes de Sergio.

Y se lanzó seguido de los demás al encuentro de ellos.

—¡Oshidori! ¡Este es el famoso Oshidori!—dijo, volviéndose a los otros, mientras estrechaba las manos de aquél con grandes muestras de sincera admiración—. Aquel de quien tanto me habeis oído hablar. Pero, ¿y su amo, Oshidori? ¿Y el señor Hernán?—preguntó de pronto, poniéndose serio.

—Nosotros hemos venido en el tren; el señor viene en el coche. Tardará más, porque como el chofer es Argentino, está acostumbrado al ritmo del tango y conduce muy despacio...

Dada esta explicación, entraron todos en la casa y se sientan charlando sin hacer distinciones.

—Nosotros le consideramos a us-

ted más que como un amigo, como un aliado—dijo Pantecosti a Oshidori— ¿Un cigarrillo? ¡Con toda confianza!

Y Oshidori tomó tres.

—Si hay confianza...

—Hombre, hay confianza, pero no tanta...

—¡Por Dios, señor Barón! He cogido uno para cada uno...

—¿Qué plancha! Perdón; es que yo creí que cogía uno para ahora y dos para luego...

—En realidad, soy secretaria de Sergio por amor—decía mientras tanto Francisca a las señoras, que la escuchaban boquiabiertas.

—¿Secretaria por amor! ¡Qué novelesco!—exclamó Beatriz entusiasmándose por momentos.

—Un chofer, autor de tangos, una bailarina húngara de cocinera, una marquesa de doncella y una secretaria por amor—murmuró Fernanda juntando las manos y mirando al techo.

—Es un tipo de leyenda!—exclamó Julia en un suspiro.

—¿Qué hombre!—comentó Nina también romántica pero vigilando la escalera por si bajaba Luisito.

—Yo no cambiaría mi puesto por todo el oro del mundo—dijo Francisca, y, ante el asombro general, agregó: —¡Sufro tanto junto a Sergio!

—Hay que advertir que la señorita Montánchez traduce sufrimiento por regocijo—aclaró Oshidori.

—Si ¿eh?—intervino riendo Pantecosti—. Pues si tuviera que vivir usted en la situación en que estamos viviendo nosotros hace un mes, se moriría de risa, señorita...

—No se preocupen ustedes; el señor llegará y triunfará... Y empezará por hacer el amor a todas las señoras de la casa—dijo Oshidori ante el regocijo general de las señoras.

Pantecosti y Mariano le miraron asustados.

—¿Eh?—exclamaron a coro ellas, sonriendo ante la agradable perspectiva.

—¿Qué dice usted?—preguntó Mariano después de tragar una buena porción de saliva.

—¿Que nos va a hacer el amor a nosotras?—preguntó a su vez Nina muy contenta.

—Sí. Que les va a hacer el amor a todas ustedes para interesar a la señorita Elena y para entrenarse—respondió con aplomo Oshidori.

—¡Para entrenarse!—exclamó Mariano ya francamente furioso.

—Sí, señor, para entrenarse: como un boxeador o como un futbolista. ¿Qué es el amor más que un deporte? El amor es un deporte en el que el corazón actúa de árbitro—

contestó Oshidori, quedándose tan fresco.

—¡Precioso!—se oyó comentar en el grupo de las señoras.

—¡Lo que es con mi mujer no se entrena! ¡Que se entreno con Nina, o con Julia, y si quiere con Beatriz—exclamó Mariano acercándose a Fernanda y apretándola contra él.

—¡Pues si hace falta, que se entreno con Beatriz!—repuso Pantecosti levantándose—. ¡Y yo tan fresco!

Estas palabras de Pantecosti sólo las comprendieron aquellos que vivieron esta historia y conocieron a su mujer.

En aquel momento, el claxon de un automóvil se dejó oír claro y potente muy cerca de la casa. Oshidori se levantó como movido por un resorte y exclamó:

—¡El señor!

Y se dirigió apresuradamente hacia el jardín seguido de todos los demás.

Efectivamente, el coche de Sergio rodeaba un macizo para entrar en la esplanada frente a la puerta de la casa. Se detuvo y un instante después, Sergio se apeaba saludando a todos con el sombrero en la mano. Pantecosti se llegó junto a él para darle la bienvenida y presentarlo a las señoras y a Mariano, que rodeaban el coche. Las señoras

no perdían detalle y todas pugnaban por colocarse en primera fila mientras disimuladamente arreglaban algún detalle de su tocado, pero Mariano... En fin, habría que recordar cosas muy desagradables para comparar el furor pintado en su rostro en aquel momento supremo, viendo a su mujer, ¡oh vanidad de vanidades!, colocarse en primera fila para ser presentada al «monstruo». Sergio sonreía, es decir: atacaba al arma blanca.

Entretanto en el vestíbulo, y una vez las maletas de su señor estuvieron colocadas en su sitio, Oshidori advertía a Francisca:

—Ha llegado el momento de actuar. Prepárese usted, señorita Montánchez. Que la señorita Elena han dicho que va a bajar de un momento a otro...

Y levantando la cabeza exclamó, viendo bajar a Luisito:

—¡Caramba! El señor Campsa. ¿Qué hace usted en esta casa?

—¡Maldita sea!

Y dejó a Oshidori «pegado a la pared».

—¿Qué le ocurre, don Luis?—preguntó reaccionando.

—¡Que uno merecía! ¡Maldita sea, hala!—continuaba éste revolviéndose los cabellos—. ¡Que yo no aguanto esto! ¡Hala, maldita sea!

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

¡Y que estoy viendo que... maldita sea, hala!

Y Campsa, «incampsable», siguió hacia la puerta de salida sin hacer caso de Oshidori, desesperado, hablando solo.

—Debe de tener razón—dijo la cónica Oshidori viéndole alejarse.

Cuando Luisito salió al jardín y vió a Sergio besando la mano de las señoras, que le contemplaban arrobadas, mordía el aire de rabia. Como una tromba, se acercó al grupo y con cara de ogro se presentó ante Sergio, que le recibió cordialmente.

—¡Querido Campsa! ¡Cómo me alegra volver a verle! ¡Me acaban de decir que es usted prometido de esta señorita... Le felicito por haber aprovechado tan bien mis lecciones. Tiene usted una novia encantadora...

Y Sergio no se dio cuenta de que todas las furias del averno se concentraban en ese momento dentro de su amigo, que respondió destilando cicuta:

—Sí, no está mal...

Intentó en seguida llevarse a Nina cogiéndola por un brazo, pero ella se aferró a Sergio, que, con todas las señoras rodeándole afectuosas, se alejó hacia la casa riendo y charlando animadamente.

—¡Maldita sea, hala! ¡Hala, mal-

dita sea!—exclamó, naturalmente, Luisito.

Y quedó allí, desairado, solo, llorando y mordiendo los puños.

—¡Tiene usted razón que le sobra en todo cuanto dice!—murmuró a su espalda Mariano, acercándose también furioso.

Del automóvil de Sergio, Indalecio saca unos maletines. Con una calma desesperante, los iba colocando uno a uno al lado del coche. Pantecosti se acercó. Encontraba más interesante hablar con el famoso Indalecio, que ir detrás de Sergio vigilando a su mujer.

—¿Conque usted es Indalecio Cruz, el famoso autor de tangos?—le preguntó cuando estuvo a su lado.

—El mismo... ¿Y cómo dice que le va, viejo?

—¿Viejo? —repitió Pantecosti con aire ofendido.

Pero el otro, muy tranquilo, le invitó a que le ayudase, siempre con aquel acento «dulzón».

—Ayúdeme, viejo, ayúdeme no más...

Y Pantecosti, aunque amoscado, se encogió de hombros y aceptó el convite.

Elena bajaba ya arreglada por la escalera. Tan ajena estaba a aquel encuentro, que cuando vió a Oshidori se detuvo sorprendida. Estaba hermosa como siempre, pero ahora

su tocado sencillo hacía resaltar más aún su hermosura.

—Eh? ¿Oshidori! ¿Qué significa esto? ¿Es que...?

Elena vió la maleta que había allí en el suelo y comprendió haciendo un gesto de contrariedad.

—¿Es que...? ¿Es que es quizás su amo el que...?

—Sí, señora. El amigo que aquí esperan es el señor —respondió Oshidori.

—¡Pues no me verá! Me he jurado a mi misma que no ha de verme más...

Y Elena echó a andar hacia la puerta con decisión.

—Sin embargo, antes de irse la señora hará bien en oír lo que tiene que decirle esta señorita —exclamó Oshidori.

Elena se detuvo pero no volvió la cabeza.

—La señorita Montánchez, secretaria del señor y una de sus numerosas víctimas: la víctima piruli —prosiguió Oshidori presentando a Francisca.

Esta, juntando sus manos, murmuró para sí:

—¡Dame fuerzas, San Luis de los Franceses!

Oshidori salió al jardín inclinándose al pasar ante Elena y ésta avanzó hacia Francisca, diciendo con sequedad:

—Hable usted pronto; no quiero encontrarme con Sergio...

—¿Tanto le odia? ¿Cómo se le puede odiar a él si ha nacido para ser querido?

—Por eso precisamente —respondió Elena—, porque el amor es un camino a cuya terminación está el odio. Usted le quiere hoy porque emprende ese camino ahora, pero también le odiará cuando su camino esté ya andado...

—¡Ay! Yo soy de las que se sientan en la cuneta —respondió Francisca suspirando.

—Fui para Sergio una de tantas —dijo Elena con acritud.

—¿Qué más hubiéramos querido las demás? —interrumpió Francisca, acercándose más a Elena— Sergio, señora, la quiere a usted. Desde que supo que usted estaba aquí no ha hecho una frase ni media y besa a todas horas un retrato suyo...

—¿Va usted a hacerme creer que Sergio viene a esta casa por mí? —preguntó incrédula Elena.

—Usted no lo creerá, pero es cierto —agregó ya entre sollozos— ¡Es cierto, señora!

—Y si lo fuera, ¿qué razón habría para que usted, queriéndole, me hable de esa forma? —preguntó esta vez curiosa Elena.

—Aspiro a que sea dichoso...

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

Además... Usted no puede comprenderme...

Francisca lloraba ya abiertamente.

—Ahora mismo, tengo el corazón tan en un puño que me están entrando ganas de saltar y de dar vivas!

Riendo y llorando al mismo tiempo, prosiguió:

—Porque usted me cree, ¿verdad? ¡Qué gusto! Y me da palabra de quedarse, ¿no es cierto? ¡Qué dicha, Dios mío! ¡Gracias, San Estanislao de Kóska! ¡Cómo sufro! ¡Qué alegría!

Aquello era la locura y Elena, compadecida, se llevó a Francisca hacia arriba diciendo:

—¿Qué es eso? ¿Qué le ocurre? ¡Venga usted! Le daré a usted algo.

—¡Sufro de un modo! ¡Ay qué risa! ¡Ay! ¡Ya no se puede sufrir más en el mundo! ¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Y aquella carcajada de sufrimiento resonó todavía largo rato. Parecía una película de miedo, en lugar del amor, que hacía estragos en una delicada comedia económicosentimental.

En el jardín y sentados en un banco, se hallaban en animada charla Sergio rodeado de todas las señoras.

—¿Y es verdad, amigo Hernán, que no se ha enamorado usted nunca?—le preguntaba Julia en aquel momento.

Sergio negó con la cabeza sonriendo.

—¿Nunca?... ¿Nunca?—insistieron asaeteándolo con sus miradas las demás.

—Si ustedes me miran así...—murmuró Sergio insinuante.

—¡Y que tenga uno que aguantar esto por trece cochinos millones de pesetas!—exclamó de pésimo humor Mariano, mientras, sentado con Luisito en las escaleras de la casa, se mordía los dedos de rabia.

—No tan cochinos, caballero—le interrumpió Oshidori acercándose en aquel instante.

Y continuó su camino en busca de su señor. Por el jardín se cruzó con Pantecosti e Indalecio, que paseaban conversando.

—¿Y ha hecho usted algún tantito últimamente?—preguntó el Barón.

—¿Y cómo no, mi viejo?

—Diga usted—exclamó Pantecosti mosqueado, deteniéndose—, eso de viejo no se lo tolero. Ya van seis veces que me ha llamado viejo y ¡no!

—Pero si es una frase cariñosa de allá—contestó Indalecio cadencioso y sonriente.

Y continuaron andando perdiéndose entre la arboleda del jardín.

Sergio, a quien Oshidori había advertido disimuladamente, se ha-

llaba ante la puerta de entrada a la casa y preguntaba ansiosamente:

—¿Y ella? ¿Dónde está ella?

—Vamos a buscarla. Pero no olvide fingir indiferencia el señor... Galantee a las demás... Disimule... —decía Oshidori, observando que por primera vez en su vida, su señor no se mostraba muy seguro de sí mismo.

—Sí, sí... Pero, nunca he sentido miedo, Oshidori, y ahora dudo...

Y efectivamente, al entrar en la casa, el aspecto de Sergio Hernán era el de aquel que por vez primera se presenta ante una mesa examinadora.

—Pues aquí el andóval... —dijo Pantecosti señalando a Indalecio al presentarlo a las señoras, que continuaban sentadas en el banco.

—¡Avisé, andóval! — exclamó protestando Indalecio.

—Es una frase carifoca de acá — se excusó riendo Pantecosti y recordando al porteño—. Pues aquí, Indalecio Cruz, que ha hecho un tanguito nuevo y...

—¡Uy! ¡Que lo cante! ¡Que lo cante! — interrumpieron a coro todas ellas.

—Es un poquito inmoral y delante de señoras no me parece oportuno — explicó Indalecio a Pantecosti, a lo que éste respondió:

—Si es inmoral no diga usted más que la letra...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Que lo diga! — volvieron a insistir ellas palmoteando.

—¡Animo, señor! — seguía diciendo Oshidori a Sergio, ya en el vestíbulo de la casa — Francisca la ha preparado ya... Recuerde el señor sus propias teorías: «Dudar es fracasar; las mujeres y los tranvías hay que tomarlos en marchas».

Se detuvieron. Elena y Francisca bajaban la escalera.

—«Campancoso del fletiche que abocanás el boliche con butosos de bacán...

(Esto era de Indalecio, que recitaba su tango con los ojos entornados, evocador.)

—No me engrupíes el milongo ni el belongo, ni el bailongo de los rulos del gotán... Tenés el aire catrera la caprusa botanera del aracá del begué no atosiga la bacara que le parapti la vara sobre un pingó pangaré.»

Estupendo, ¿no?

—No, ¡digo, sí! ¡Sí! — respondió Pantecosti desconcertado.

—¡Que me emocionan estos sineros aplausos! ¡Gracias! — exclamó Indalecio modestamente.

—¡Bravo! ¡Bravo! — gritaron to-

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

dos aplaudiendo, y Pantecosti agregó:

—Ahora sí que tenía razón; es muy inmoral...

Sergio se había quedado un momento inmóvil, contemplando a Elena. Ella también le miraba, pero en su rostro no apareció señal alguna visible de emoción, antes bien, le miró con dureza. La censura, muda, terrible, se presentía, flotaba cruel, despiadada. Francisca avanzó hacia Oshidori sin apartar la vista de Sergio y Elena. Les dejaba solos, es decir, solos no. Allí dejaba su corazón entre ellos, roto, sangrante, hecho una calamidad. Se alejó llorando hacia la puerta y desapareció en el jardín.

—¡Cómo disfruta! — murmuró Oshidori contemplándola.

Y echó tras ella pensando:

—Va hecha cisco, la muy tu-nante.

—Ya se han retirado tu «ayudante» y tu «manager». Comienza el «match». ¿No era eso lo que deseabas?—habló Elena, mirando a Sergio con altiva sonrisa desde lo alto de la escalera.

Luego descendió hasta casi nivelarse con él.

—¡Elena!—exclamó él suplicante—. Anteayer supe que estabas aquí y que vas a casarte y he ve-

nido a decirte que esa boda es imposible...

Siguió a Elena, que se acercó a un sillón, se detuvo y miró hacia atrás preguntando:

—¿Imposible?

—Tú no puedes querer al Marqués.

—¡Qué fatuidad! ¿Es que porque no te quiera a ti no voy a poder querer a otro? Pues, sí, le quiero, viejo y todo, lo quiero.

Y agregó recalcando con intención las palabras:

—Las «románticas tirando a cursi» somos así...

—No hablémos de aquello—protestó Sergio.

—No hablémos de nada... Será preferible—respondió ella tajante.

De pronto, revolviéndose contra Sergio, dijo violenta:

—Y aunque no me case por amor, ¿qué? Se cae en ciertos matrimonios como se cae en el suicidio; cuando el corazón ha fracasado y ya no tiene uno adonde asirse. Al mío tú le hiciste fracasar...

—Pero eso quiere decir que me quieres—interrumpió Sergio esperanzado.

—No. Eso quiere decir que te quise y que me desengañé de ti...

—¡Te juro...!—comenzó a decir Sergio, pero ella le atajó rápida:

—¡Tus juramentos! Nadie que te

conozca puede creer en ellos...—se sentó. Juguetaba con sus dedos, la mirada perdida en el trozo azul de cielo enmarcado por el hueco de la puerta abierta del jardín.

Sergio insinuante le hablaba inclinado sobre ella:

—Elena... No sé hablar ni expresarme... He hecho siempre el amor sin sentirlo, y hoy, que lo siento, veo que no sé hacerlo... Y nunca creí que hubieses olvidado lo feliz que tú misma confesaste un día haber sido conmigo.

Ella se levantó, el llanto pugnando por asomar a sus ojos.

—¿Qué pretendes? ¿Qué quieres? ¿Despertar de nuevo mi fe? ¿Que yo crea otra vez para volver a sufrir la misma humillación? ¡No! ¡No! ¡Ya es bastante, Sergio! ¡He sufrido tanto un día, que ya no volveré a sufrir más! ¡Me lo he prometido a mí misma!

Dió algunos pasos hacia la escalera, seguida por Sergio, que le tomó una mano intentando atraerla hacia él.

—¿Y nunca ha de haber nada entre nosotros?—insistió aún, notando que trataba de apartarse de él, quizá para ocultar su llanto.

—Nunca. Vuelve a Madrid, y entonces habrá entre nosotros lo único que puede haber ya: la distancia.

Y sin volver la cabeza, comenzó a subir la escalera. Sergio quiso seguirla, retenerla, humillarse hasta arrancarle su perdón, pero Oshidori le sujetó por un brazo, contemplando ambos en silencio cómo Elena desaparecía.

—¡Señor! ¿Qué va a hacer el señor? Cuidado, que todo puede echarse a perder...

Había estado espiando la escena, aguardando el camino psicológico para intervenir.

—Ya está todo perdido, Oshidori—exclamó Sergio con desaliento.

—Al contrario, está todo ganado. Va llorando. Y «en la mujer las lágrimas son el vermouth del amor». ¿No recuerda el señor esa frase?

—Entonces, ¿tú crees?

—Que está en el bote. Dedíquese el señor a las demás, y esta noche, en el jardín, aprovechando la luna...

No terminó la frase. ¿Para qué? De noche, la luna, el jardín perfumado, alumbrado en cuchilladas de luz plateada. Por los senderos entre luz y sombra, se distingue a veces la pareja en silueta de Sergio y Elena. Pasean juntos y hablan quedamente, mirándose a los ojos. Los herederos del Marqués estarían ya a esas horas eligiendo sitio alrededor de la torre para coger el oro que

maraban sus almenas. ¡Pobre Marqués! Iba a quedar hecho fosfatina al enterarse de la consumación del estraperlo...

Al fin y al cabo, el amor y la muerte, ¿qué son sino dos accidentes en la vida de cada adulto que ha conseguido salvar la escarlatina, el sarampión y otras gangas con que nos obsequia la sinuosa naturaleza?

El amor de Sergio no era ni más ni menos trágico, ni más ni menos dulce, ni más ni menos natural, empalagoso o ejemplar, para las venideras generaciones, que todos los amores que nacen, florecen y mueren o fructifican en el mundo. Pero con todo, sus principios fueron—fuerza era reconocerlo—de una originalidad fantástica, ya que fantástico era también el protagonista irresistible que encerraba la apuñalada figura de Sergio Hernán. De «Helenas», ¿qué podría decirse que no haya sido ya glosado y repetido hasta la saciedad en cuanto el amor de las mujeres ocupa una pluma, una cuartilla y la mente abotargada de ideas contrarias al arte amatorio por un puritano castigado por cupido a una abstinencia vitalicia? Pero «Helenas» estaba destinada igualmente a figurar entre las mujeres que se han dado en llamar fatales. Si el coche no hubiese chocado, si Sergio no hubiese picado el anzuelo, si di-

versas circunstancias, en fin, no hubiesen predispuesto favorablemente al amor para actuar sin careta en aquella ocasión, obligando a Sergio imperiosamente a rendirse sin condiciones, entonces quizá nada hubiera pasado que no significase una repetición de las ya tan consabidas hazañas de conquista irresistible, de desdén luego, de entrada en el registro regularizando aquella célebre contabilidad del amor «standard», de tragedia y olvido al fin. Pero aquella mujer era distinta o el amor le estaba jugando a Sergio Hernán una de sus más pesadas bromas. Porque hay que convenir en la influencia nefasta, arrolladora, revolucionaria, de ciertos seres predestinados a saltarse a la torera todo lo establecido, estudiado y clasificado en la vida.

Bueno, lo de Sergio y «Helenas» ya no tenía por lo visto remedio, y esta historia, quiera que no, ha de llegar al desenlace final previsto y, ¿por qué no?, deseado por todos. Se podía poner una pistola en manos de Sergio, o una botella de aguardiente en la mesilla de noche, para el desayuno y las comidas, o simplemente un viaje en vagón de tercera clase desde Barcelona a la Coruña. Y entonces, nada... humo, dolor. ¡La caraba! Pero aun queda un poco

de papel, y tiraremos adelante, hasta el beso final.

En cuanto a los herederos, nada hay que decir para perfeccionar el retrato que ha ido dibujándose a medida que surgían las escenas en que esos «gangsters» de bolsillo actuaron para procurarse unos miserables millonajes.

Dejemos, pues, a los Pantecostis que hacen sonrojar hasta a la máquina de escribir y temo que la letra salga en color de púrpura. Después de todo, alguien tenía que llevarse en esta historia el papel de malo y de no ser Indalecio como cantante, nadie mejor que el bueno de Pantecosti y toda su respetable familia.

¡AL FIN SOLOS!...

EL silbido de un tren que pasaba cercano a la casa invadió con su estridencia la tranquilidad del jardín que a aquellas horas sólo alteraba el suave rastrear del jardinero por el suelo arenoso de sus senderos llenos de sol.

—¿Qué tren es, ése, padre?—preguntó un chiquillo que a su lado trabajaba arrancando las matitas de hierbas silvestres. Y levantó la cabeza, haciendo pantalla con sus manecitas morenas.

—El primero del día. El de las diez.

—¿Y cómo viene hoy a la hora en punto?

—Porque es el de ayer—respondió el hombre contemplando el penacho de humo que el convoy dejaba rezagado.

Y sin más preocupaciones, volvió

a su tarea, centurreando una tonadilla.

Unas horas después toda la familia y sus invitados se preparaban a desayunar, repartidos en varias mesitas bajo los árboles del jardín.

Nina y Luisito, Mariano y Fernanda formaban grupo ya por completo sosegados y en dulce armonía. Sergio y Elena contemplan a todos sonriendo, enlazados por la cintura. Ya servido el desayuno, Pantecosti impuso silencio y se levantó a hablar. Detrás de él Oshidori observa la escena riendo feliz. Más allá aun, Francisca e Indalecio hablaban en voz baja, dedicándose de vez en cuando miradas tropicales.

—Dejadme que brinde con café con leche por la felicidad eterna de Sergio y Elena.

Y Pantecosti levantó su taza, cu-

yo gestó fué imitado por todos de inmediato.

—¡Sí, sí! ¡Bravo!—dijeron, levantando sus tazas en un brindis de carácter rural, muy poco explotado todavía.

De poco puede servir brindar con café con leche por la felicidad de una persona y el que para ese objeto inventó el champán, sabía indudablemente lo que se hacía. Aun no se habían apagado los ecos de aquella espontánea adhesión, cuando un automóvil de dos plazas apareció en la explanada muy cerca de allí.

La Condesa de San Isidro apeóse del coche, preguntó algo al jardinero y se dirigió decidida hacia el grupo, Oshidori, que no había perdido detalle, salió corriendo a su encuentro. Algo en su interior le decía que la Condesa venía dispuesta a dar la batalla a campo abierto, y he aquí que todo se le ofrecía a pedir de boca. Oshidori, disimulando su disgusto, se plantó ante ella y con la mejor de sus sonrisas le dijo:

—Señora Condesa... ¡Qué sorpresa tan inesperada!...

—Todas las sorpresas son inesperadas, porque, si no, no serían sorpresas—le interrumpió ella sin apenas detenerse.

—¿Adónde va la señora Conde-

sa?—preguntó Oshidori insistiendo en ponerse delante.

—¡Atiza! ¡La de la tatarabuela que bajaba al Pardo a por bellotas!—exclamó Pantecosti asombrado.

—¡No hagas más el piel-roja y déjame!—gritó la Condesa apartando a Oshidori y plantándose ante la mesita en que desayunaban Sergio y Elena—. Conque enamorando a la niña de los 40.000 duros, ¿eh?—dijo sonriendo irónica y con los brazos en jarras.

—¿A qué vienes aquí?—preguntó Sergio levantándose iracundo.

—A dar un recado a estos señores—y señaló al grupo de herederos.

—¡La catástrofe!, señor... ¡Lo sabe todo!—murmuró Oshidori al oído de Sergio, con angustia.

—¿De manera que ustedes son los famosos herederos?—preguntó, abarcando en una mirada despectiva a los allí reunidos.

—¿Cómo?—explicaron varias voces.

—¿Son ustedes los que van a darle a Sergio 40.000 duros para que enamore a la prometida del Marqués y poder pescar la herencia?—volvió a preguntar arrastrando las palabras con una lentitud horrible.

—¿Eh?—exclamó Elena horrorizada, levantándose.

—¡Está de broma! Está de broma! ¡Ja, ja!

Y Oshidori, gritando se acercó a la Condesa ahogando sus palabras. Todos le imitan de inmediato, y la Condesa se vió rodeada y arrastrada hacia la casa; los gritos de ellos anulan sus protestas.

—¡Qué risa! ¡Qué gracia! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bromas!

—Elena, escucha... —rogaba Sergio a su amada, pero ella, llorando, desesperada se aleja, rechazándolo.

—¡Quita! ¡Déjame! ¡Eres un canalla! ¡Un canalla! ¡Ahora sí que me voy para siempre!

Echo a correr hacia el coche de la Condesa.

—¡Elena! —gritó aún Sergio.

Pero ella no le escuchaba ya. Subió al coche de la Condesa, lo puso en marcha y arrancó disparada hacia la carretera. Sergio quedó indolente.

—¡Pronto! ¡Coja el señor su coche! ¡Aun es tiempo! —le aconsejó Oshidori, que llegó corriendo, seguido de Indalecio y Francisca.

—Sí, sí...

Y dos minutos después partían los cuatro como una exhalación tras la fugitiva. Pero el coche de Elena corre más y Sergio se desespera al lado de Indalecio.

—No puedes correr más, imbécil?

—le grita, tratando él mismo de acelerar la marcha del vehículo.

Pero no consiguió otra cosa que desviar la dirección y el coche quedó arrugado contra un árbol después de correr un trecho con las ruedas hacia arriba. En el suelo, desparramados, Sergio, Francisca, Oshidori e Indalecio. Todos inertes. Aquello parecía el epílogo... pero no lo era.

DE SOCIEDAD

«Después de un mes de estancia en una clínica de Alicante, ha quedado totalmente restablecido de las lesiones que se produjo en un accidente de automóvil el conocido hombre de mundo don Sergio Hernán, así como las personas que le acompañaban.»

Esta era la noticia que traía un periódico de Madrid, al mes de iniciada aquella vertiginosa retirada de la casa del Marqués. Una a una fueron cayendo las hojas del calendario por orden riguroso de números y de meses, y junio, julio, agosto y septiembre pasaron a pertenecer al pasado. Hasta que un día de octubre Oshidori abrió y leyó una carta que decía:

AGENCIA MENENDEZ
Investigaciones policíacas
particulares

Señor Don

Sergio Hernán

Madrid.

Muy señor nuestro: Tenemos el sentimiento de manifestarle que todas nuestras gestiones, encaminadas a averiguar el paradero de la señorita Elena Fortún, por quien tanto se interesa, han resultado absolutamente infructuosas.

Lamentándolo mucho, quedamos de Vd. affmos.,

M. M.

Oshidori hizo un gesto de disgusto, arrugó el papel y lo arrojó al suelo con violencia. Luego miró con pena hacia el ventanal de la habitación. Allí, con una manta en las piernas, la barba crecida y cabizbajo, estaba Sergio sentado en un sillón. Parecía haber renunciado a todo lo del mundo. Sus ojos eran muy tristes cuando levantó la cabeza y, mirando a Oshidori, le preguntó con voz apagada:

—¿Qué? ¿Nada?

—Nada, señor. Sigue sin saberse una palabra del paradero de la señorita.

—¡Y yo me moriré de pena y tristeza!...—murmuró, y volvió a sumirse en sus negros pensamientos.

Oshidori hecho polvo y limpián-

dose una lágrima con la manga, exclamó inclinándose sobre su señor y tratando de reanimarle:

—¡Vamos, señor! Es preciso que el señor reaccione; que se anime, que se afeite... Que salga a la calle y vuelva a su antigua vida, que esta casa no es conocida, señor... Es terrible no ver a nadie hace tantos meses en la «sala de espera», ni en las oficinas... ¡Si me hubieran dicho a mí hace medio año que iba a ver al señor en este estado de depresión... ¡y por culpa de una mujer!... Habiéndolas tenido a centenares...

—Pero ninguna como ella, Oshidori. Elena es la mujer más espiritual que he conocido.

—En uno de mis cuadernos de frases del señor, hay una que dice que «hasta las mujeres más espirituales llevan dentro dos riñones, un estómago y un hígado»—comentó Oshidori.

—¡Yo no he podido decir eso! ¡Eso es una infamia!—exclamó Sergio alterado.

—¿Una infamia tener hígado y estómago? ¿Una infamia tener riñones, señor?

—¡Calla, calla! Elena no puede tener hígado... y si lo tiene, ¡será precioso! Quiero morirme, Oshidori; quiero, morirme...

Y Sergio suspiró tristísimo.

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

—¡Válgame Dios! — exclamó Oshidori descentrado, hecho cisco.

Cierto día uno de los periódicos trajo insertada la siguiente esquela:

EL EXCMO. SEÑOR
DON ERNESTO DE PANTECOSTI
Y FUSSI

Marqués de la Torre de las Trece Almenas. Ha fallecido por fin en su casa-palacio de Alicante (España)

R. I. P.

Sus herederos don Reginaldo y doña Beatriz; doña Julia, don Mariano, doña Fernanda y doña Adelina de Pantecosti.

Participan a Vd. tan sensible pérdida.

No se reparten coronas.

No se reparten esquilas.

No se reparte más que la herencia.

El duelo se celebrará en familia.

Y en aquel histórico vestíbulo se hallaban ese mismo día contemplando la esquela del periódico toda la familia Pantecosti, amén de Luisito. Todos vestían luto riguroso. Pantecosti tenía en sus manos el periódico y comentaba riendo:

—¿Qué? ¿Queda bien?

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Está estupenda! — aprobaron todos aplaudiendo.

—Pero creo — comentó Beatriz — que estás gastando demasiado dine-

ro en el pobre tío Ernesto, que ya no se entera de nada el infeliz.

—Bueno; ten en cuenta — respondió Pantecosti — que, en cambio, al huir Elena nos hemos ahorrado los 40.000 duros que había que darle a Hernán.

—¡Claro! ¡Claro! — volvieron a aprobar todos.

Y se repitieron los aplausos.

A través del ventanal de Sergio se ve caer la noche lentamente sobre los tejados fronteros. El invierno llegaba con su frío cortejo de tristezas.

—Sigue, Oshidori, sigue. Ya el único que me gusta es Bécquer...

Y Sergio, sentado en su sillón, con la manta en las piernas, escuchaba las rimas que Oshidori lee en voz alta.

—«Volverán las antiguas golondrinas de tu balcón los nidos a colgar...»

—Pero Elena Fortún, ella, Oshidori, ya nunca volverá... — acaba Sergio la estrofa tristemente.

—Adelante — dice Oshidori respondiendo a unos golpecitos que daban en la puerta en ese momento.

Pepita, la doncella, entró encendiendo las luces y dijo:

—Pasen, señores.

Y Francisca e Indalecio hicieron irrupción en la estancia.

—¡Sergio! — exclamó Francisca, adelantándose hasta él con las manos extendidas.

—¡Patroncito!... — dijo Indalecio acercándose también lentamente.

—¿Cómo te encuentras? — preguntó Francisca, sentándose en el brazo del sillón de Sergio.

—¡Hola, Francisca!... ¿Cuándo esa boda? — exclamó éste visiblemente satisfecho de la visita.

—Cuando Indalecio diga. El me manda. El es mi dueño; ya lo sabes. Ningún hombre me ha hecho sufrir como él. Un mes de sanatorio a consecuencia del vuelco...

—¡Ya, ya! Todos sois felices menos yo... — le interrumpió Sergio con pena.

—¿Sigue igual? — preguntó Indalecio a Oshidori en voz baja.

—Igual. Hecho un cacharro.

—Escuché, no más... He averiguado el paradero de Elena Fortún...

—informó Indalecio, llevándose a Oshidori a un rincón.

—¿Eh? — exclamó éste incrédulo, cogiéndole por las solapas.

—La he invitado esta noche al cabaret donde yo canto... Si lográramos que acudiera también el patroncito... Daría algo por verle dicho. No olvidaré nunca que gracias a él, por fin, en el mes que estuvimos en la clínica, encontré el amor de esa «china» romántica...

Y Oshidori salió corriendo en busca de los trastos de afeitarse.

Algunas horas después, Sergio y Oshidori se hallan sentados en un palco del mismo cabaret que una noche vió el triunfo de Sergio una vez más sobre aquella que hoy buscaba afanoso. ¡La vida es así! Más allá, en otro palco, se hallaban reunidos todos los Pantecosti, envenenándose a conciencia sobre lo que ya llevaban. En el antepalco, un retrato del difunto Marqués presidía mudo, impasible, abstemio por completo, la orgia de sus desconsolados parientes.

—¡Viva el tío muerto! — gritaba Pantecosti con una botella en la mano, el mantel arrollado al cuerpo y una flor en la oreja.

—¡Viva! — contestaban todos, sacudiendo un momento su merluza.

—¿Para qué me han traído aquí? ¿Para que vea la alegría de los demás? — preguntó Sergio, contemplando insensible el palco de los Pantecosti. — En este mismo cabaret la hablé por primera vez...

—¡Valientes sinvergüenzas! Mucho cabaret y mucho champagne... y a nosotros no nos han pagado... — exclamó Oshidori, mirando a Pantecosti, que intentaba en vano subirse a bailar a la mesa.

Desde una puerta lateral, Indale-

cio y Francisca vigilaban disimuladamente el salón.

—¿Acudirá Elena a tu invitación?

—¿Y cómo no, china? Ya le he dao un palco al lado del de Sergio ¡Ahí entra! ¡Ahí entra!—exclamó Indalecio apretando el brazo de Francisca entusiasmado.

—Pues anda, prepárate ¡Corre! Sí, ¡naranjas! Iba a correr él.

Por el pasillo de los palcos, Elena avanzaba sola en busca del suyo. Se sentó mirando distraídamente a todas partes. Estaba hermosa, distinguidamente maravillosa.

—Oshidori, ¡mira!—exclamó de pronto Sergio emocionadísimo.

Había palidecido y señalaba a Elena que aun no le había visto.

Las luces se apagaron en aquel momento e Indalecio salió a cantar seguido por el haz luminoso de los reflectores.

*Era un hombre sin alma
que agotaba su vida
de una manera frívola,
loca, superficial.*

*Yendo de un amor fácil
a una pasión fingida,
y empalmando una juerga
con una bacanal...*

Elena vio a Sergio e hizo ademán de levantarse y huir, pero Oshidori, el non plus ultra de los criados, tenía todo previsto. Pasó rápidamente

al palco de ella y le dio a leer un papel, poniéndoselo ante los ojos:

«El señor no ha cobrado un céntimo de los herederos.»

Era una invitación muda a quedarse... y se quedó. Y Sergio besaba poco después una mano de Elena, que ella abandonó a su caricia, apasionada.

La voz de Indalecio seguía cantando, cadenciosa:

*Cada mujer que «alas»
se le rindió en seguida
al oír que en sus ojos
había algo fatal...*

*Y el que ellas fueran rubias
más o menos teñidas,
o el que fueran morenas,
a él se le daba igual.*

*Sus mil enamoradas
guardaban siempre cola
cuando iban a su casa
aspirando de afán.*

*Pero el amor un día
le hizo amar a una sola,
y desde aquel momento
se acabó aquel Don Juan.*

Sergio y Elena escuchaban ya con sus caras juntas, sentados en un diván, estrechándose, contemplándose arrobados. La voz de Indalecio se escuchaba todavía por la radio:

*Lloraba, suspiraba,
ni afeitarse quería,
en alas de aquel loco amor de
[sus amores.*

*Hasta que su destino, compasi-
vo un buen día,
le reunió con ella... ¡Y esto es
[todo, señores]*

Sergio y Elena se besaban cuando la voz del «speaker» anunció:

«Han oído ustedes el tango «Usted tiene ojos de mujer fatal», que interpreta a diario en el cabaret «Excelsior» el famoso artista bonaerense Indalecio Cruz. La emisión ha terminado: ¡Buenas noches a todos!»

Oshidori sonreía cuando, antes de

salir de la alcoba, contempló un momento el pijama de Sergio y el camión de Elena, cuidadosamente colocados sobre la cama. En el cuarto contiguo Sergio y Elena, abrazados, bebiéndose sus palabras, coincidieron murmurando quasimente:

—Al fin solos...

Y apartándose un poco, sonriendo, preguntó Elena:

—¿Me has dado entrada en el registro?

—No, esta vez ha sido en el corazón... y para siempre.

FIN

(Ahora es de verdad. N. del N.)

EN BREVE
APARECERÁN
EN

Biblioteca Films Nacional

LOS INCOM-
PARABLES
ÉXITOS

EL BARBERO DE SEVILLA

Creación de MIGUEL LIGERO-ESTRELLITA CASTRO
ROBERTO REY-RAQUEL RODRIGO

Dirección: BENITO PEROJO

C A R M E N
LA DE TRIANA

El mayor alarde de la genial IMPERIO ARGENTINA
RAFAEL RIVELLES-MANUEL LUNA

Dirección: FLORIAN REY